

CUENTO KILÓMETROS II

Cuando leo, me transporto

Varios autores

Cuento kilómetros II

Cuando leo, me transporto

© Varios autores

© Corporación Cultural Espacio Creamundos

<http://www.espaciocreamundos.cl/>

Primera edición: diciembre de 2016

ISBN: 978-956-9758-01-0

Registro de propiedad intelectual nº 271.991

Coordinación: María Fernanda Arrau Lorca

Ilustración: Paloma Javiera Moreno Gutiérrez

Edición y corrección: Sebastián Garrido Torres

Diseño y diagramación:

Gráfica LOM

Concha y Toro 25

Fonos: (56-2) 2672 22 36 - (56-2) 2671 56 12

Impreso en los Talleres de Gráfica LOM

Miguel de Atero 2888

Fonos: (56-2) 2716 96 95 - (56-2) 2716 96 84

Santiago de Chile, Octubre de 2015

Todos los derechos reservados. Esta obra no debe ser reproducida, registrada o transmitida, ya sea parcial o totalmente, de forma idéntica o modificada, por cualquier medio impreso, digital u otro, sin la autorización, por escrito, de la Corporación Cultural Espacio Creamundos.

Impreso en Chile / Printed in Chile

CUENTO KILÓMETROS II

Cuando leo, me transporto

Varios autores

Prólogos

Los viajes y la lectura

Queremos invitarlos a disfrutar de este libro, resultado de la segunda versión del concurso Cuento Kilómetros, organizado por la Corporación Cultural Creamundos y la empresa Turbus.

Animados por el amor a la lectura y por la fascinación que nos inspiran los mundos imaginarios a la que esta nos transporta, quisiéramos destacar la capacidad creadora del ser humano, misma que le permite plasmar estos mundos mediante palabras sobre la hoja en blanco. En estas páginas encontraremos viajes de búsqueda, de encuentro, de aventuras, de amor y desamor, de fantasía y de mayor cercanía a la realidad. La imaginación de los autores nos regala diez cuentos con atractivos escenarios, voces originales, relatos llenos de mensajes —visibles o latentes— del sentir humano.

Sabemos que el ejercicio de escribir, en la mayoría de las veces, es un oficio ingrato, pues no siempre sabemos cómo continuar una historia; nos angustia no lograr escribir con verosimilitud la manera en que pensaría o actuaría nuestro protagonista ante diferentes escenarios; o delimitar el momento exacto en que la obra está lista para el punto final. Y mucho menos sabemos si lo que escribimos con tanto esmero llegará a los lectores tras cruzar las barreras, en este caso, de los más de 600 cuentos que participaron a este certamen.

No obstante, sí sabemos cómo se siente el escribir estas historias que habitan en nuestras cabezas, ya sea porque las escuchamos y las guardamos en la memoria o porque alguien las contó y, al escucharlas, nos motivamos a escribir otra historia. Sabemos de esa sensación donde los latidos se hacen más fuertes y un estímulo nos provoca la necesidad de expulsar esa emoción, nos hace escribir. Y es que nuestras cabezas están en un eterno viaje hacia múltiples destinos: al pasado, al futuro, a otras vidas, a otros mundos.

Hoy nos encontramos ávidos de reflexión, de conversación, de nuevas ideas. Y en ese contexto, como Corporación nos interesa —como un eje prioritario de nuestro trabajo—, destacar la importancia que tiene la escritura en el desarrollo cultural y social del país. No solo desde el punto de vista del oficio del escritor,

sino también como una práctica cotidiana que nos permite expresar, comunicar y transmitir esas ideas a un otro.

Es por eso que este tipo de iniciativas adquiere una doble relevancia, puesto que convoca a muchos escritores, de distintos lugares del país, a participar en un ejercicio donde se mezcla la realidad y la ficción, los secretos del sentir y del pensar de todos los que habitamos este hermoso país llamado Chile.

Finalmente, además del ejercicio de escribir, nos interesa abarcar el proceso completo que acompaña a la lectura, donde luego de dar vida a una obra, esta se publica en un libro de colección —y de alta calidad literaria—. Para cerrar el círculo virtuoso, este libro recorre el país aportando al acceso a la lectura de todos los ciudadanos e instituciones con las que hemos creado vínculos para la difusión de esta obra que hoy tienen en sus manos.

Esperamos seguir trabajando para que el espacio público sea un lugar donde las personas puedan acercarse y compartir la lectura. Este libro se distribuirá en terminales de buses, balnearios, bibliotecas públicas, penitenciarías y hospitales. Su lectura puede ser una excusa perfecta para dialogar con el otro, aprovechar el viaje o la espera para comunicarse y compartir en un acto que humaniza. Valoramos la lectura no solo como un acto individual, sino como una práctica cultural que permite acercarnos y formar comunidades.



**Fernanda Arrau,
Corporación Creamundos**

Cuando leo, me transporto

Al escribir estas líneas tengo la sensación de que el tiempo que ha pasado entre la primera y la segunda versión de Cuento Kilómetros ha sido muy breve. Es como si el viaje hubiera transcurrido en medio de un sueño o, lo que es muy parecido, devorando un libro fantástico, con personajes y escenas recreados por la propia imaginación. Por supuesto que aquello de «devorar» tiene que ver con avanzar rápidamente en la lectura manteniendo el interés, con esa inexplicable contradicción que se mueve entre querer seguir leyendo y llegar a la parte final del texto, al desenlace.

Sin embargo, ha pasado un año y ya estamos de regreso con el segundo viaje, con la segunda versión de este certamen.

Una vez un motociclista me comentaba que lo mejor de sus viajes era saber que, aunque deseaba llegar a destino, le alegraba la idea de que aún le faltaba el regreso.

Algo así nos pasa en Turbus: queremos llegar a destino y también deseamos que el trayecto sea parte de una experiencia interesante, con paisajes, una buena cuota de ansiedad y alguna anécdota que contar a quien nos espera.

La primera versión se llamó *Cuento kilómetros, un viaje a la lectura*. Fue una apuesta a la que numerosos escritores emergentes se sumaron para exponer sus creaciones e invitarnos a viajar a mundos recónditos, inscritos en nosotros mismos, como fuentes de inagotable imaginación que somos los seres humanos en toda la gama que ofrece la diversidad de nuestra especie.

La segunda versión, que es la que tienes en tus manos, se titula *Cuento kilómetros II, cuando leo, me transporto*. Y es un reconocimiento a la más genuina consecuencia de leer: el placer de sentir que se está viajando y lo mejor de todo: ¡como uno quiera y sin límites de ningún tipo!

Quiero agradecer a los más de 600 participantes de este concurso. Nos sentimos muy orgullosos de cada uno de ellos y los instamos a perseverar con sus aportes a la cultura de este país que recorreremos cada día palmo a palmo, kilómetro a kilómetro.

Al finalizar estas líneas pienso ya en la tercera versión, porque ese es el próximo viaje y queremos que te sumes a él.

Víctor Ide Benner
Gerente General
Empresas Turbus

Cuentos premiados



Primer lugar
En busca del Hamlet perdido
DIEGO ZÚÑIGA HENRÍQUEZ

Diego Zúñiga (Iquique, 1987). Escritor y periodista que ha publicado las novelas Camanchaca (2009) y Racimo (2014), el libro sobre fútbol Soy de Católica (2014) y el libro de relatos Niños héroes (2016).

El viejo se arruinó por culpa del Hamlet, eso lo sabía todo el mundo. Se había encerrado a traducirlo no sé cuántos años —cuatro, cinco, tal vez seis—, pero no llegó a ninguna parte. A medio camino de terminar, agarró el Lear y se despachó una versión alucinante que lo mantuvo a flote por un buen tiempo.

Lo montaron en el Teatro de la Católica a inicios de los 90. Fue un éxito: el público y la crítica concordaron con que era la mejor traducción de la historia, un hito, un milagro, ese tipo de cosas dijeron. Pero lo que a él le importaba era el Hamlet, no podía salir de ese lugar, de esa familia que lo obsesionaba, de aquellas palabras que no era capaz de traducir a su propia lengua. Dicen que había un manuscrito, lo mencionó en un par de entrevistas, un borrador de las primeras escenas, no mucho más.

Sin embargo, disfrutó el éxito del Lear, las ofertas para publicar el texto, los halagos desde el extranjero, porque se corrió rápido la voz y varios traductores llegaron al teatro para ver su versión de Shakespeare. Se los identificaba de inmediato: poco antes de que apagarán las luces, ellos sacaban sus cuadernos y, luego, en medio de la oscuridad, anotaban rápidamente escenas completas, trataban de capturar su lengua, los modismos, el tartamudeo de aquellos personajes.

Nosotros no pudimos ver la obra: habíamos nacido hacía solo un par de años, pero estaba esa grabación que le tocaba ver a todos los primeros medios, cuando se pasaba la unidad de teatro, a fines del segundo semestre. Una filmación borrosa, en VHS, con un Héctor Noguera que lo habíamos visto en tantas teleseries, pero que estaba ahí, de alguna u otra forma irreconocible, como un vagabundo, un rey venido a menos, hablando en una lengua chilena, sucia, viva.

Es casi seguro que más de la mitad del curso se quedó dormido en esa sala, completamente a oscuras, viendo el Lear en un televisor de 20 pulgadas. Meses antes nos pasó lo mismo con *Palomita blanca* —nos aburrimos como ostras, no entendimos nada—, y poco antes con *Fahrenheit 451*. Lo nuestro no eran esas películas basadas en libros que nadie quería leer; pero con el Lear fue distinto, hay que decirlo, o al menos a nosotros con Cabrera nos pareció distinto, porque nos quedó dando vueltas esa lengua sucia que utilizaban los personajes; nos

recordó la forma en que hablaba el abuelito de Cabrera, que vivía cerca de Talca, y nos dio risa, primero, y después nos pareció que eso no estaba bien, porque los personajes de Shakespeare no se podían parecer al abuelito de Cabrera, tan bruto en su quehacer diario, allá, trabajando en el campo, sembrando papas en ese terrenito que había comprado con tanto esfuerzo en una época que nos parecía demasiado lejana en ese momento, cuando recién habíamos pasado el 2000 y lo único realmente importante que había ocurrido en nuestras vidas fue ese día en que salimos de clases —ya ni sé por qué nos enviaron tan temprano a nuestras casas— y vimos por la televisión, una y otra vez, cómo dos aviones se estrellaban contra las Torres Gemelas.

Terminamos de ver el Lear y días después nos dedicamos a imitar ese habla de Noguera, Rodolfo Pulgar y Schlomit Baytelman arriba del escenario. Andábamos en los recreos hablando como si fuéramos personajes del Lear, hablábamos con dichos populares, con las palabras que usaba el abuelito de Cabrera. Nos creíamos personajes de Shakespeare, aunque nadie entendía el chiste. Y cuando nos aburríamos de que nadie nos entendiera, volvimos a encerrarnos en la biblioteca, donde capeábamos el frío y donde la tía Nancy nos regalaba siempre un pancito con queso que nos traía desde su casa para cada uno —en retribución por la ayuda que le prestábamos todas las tardes, al finalizar las clases, cuando la acompañábamos a ordenar los libros—. Éramos felices en ese lugar, cerca de la estufa, viendo el *Buenos días a todos*, junto a la tía Nancy, mientras nuestros compañeros intentaban jugar algún partido de fútbol en el patio o planeaban cómo hacer la cimarra para juntarse con las niñas del Liceo 1. Y fue una de esas tardes, mientras ayudábamos a ordenar los libros, cuando nos encontramos con una antología de poemas de Nicanor Parra y, entonces —disculpen la hipérbole—, nuestras vidas cambiaron para siempre.

En realidad, iban a cambiar después, cuando ocurriera lo del robo, pero faltaba tiempo para eso.

En la portada del libro, la cara de Parra, que se parecía a la cara del rey Lear, mirándonos fijo, serio, una cara de reproche o de incomodidad que olvidamos segundos después, en el preciso momento en que empezamos a hojear el libro y nos detuvimos en el poema que dice: «Juro que no recuerdo ni su nombre, más moriré llamándola María».

Nunca habíamos entendido de principio a fin un poema. Nunca. Pero leímos esos versos de Parra y llegamos al final conmocionados, sin palabras.

Era el habla del rey Lear. Y era nuestra historia también, pues con Cabrera nos habíamos enamorado perdidamente de dos mellizas que se llamaban María — María Jesús y María José—, pero que nunca nos dieron bola. Estábamos en ese momento tratando de olvidarlas cuando nos encontramos con el poema de Parra y nos quedamos sin palabras en esa biblioteca vacía.

Leímos *Poemas para combatir la calvicie* y leímos, también, una edición muy fea de *Obra Gruesa*, en papel roneo, que estaba en la biblioteca. Después fuimos a San Diego en busca de todos sus otros libros y, al año siguiente, cuando fue su cumpleaños número noventa, lo vimos en la portada de muchos diarios, donde celebraban la publicación de su *Rey Lear*. La robamos de una Feria Chilena del Libro que quedaba en esa calle tan bonita del centro, llena de adoquines, al lado de un bar donde años antes se juntaban los poetas; robamos ese libro y nos robamos otros, y cuando los tuvimos todos —o casi todos—, decidimos hacer la cimarra y partir a Las Cruces para conocerlo, porque a esa altura ya era nuestro escritor favorito. Nos sabíamos muchos de sus poemas de memoria, habíamos conseguido una grabación de Parra leyendo «El hombre imaginario» y teníamos miedo de no alcanzar a conocerlo, pues nos parecía un milagro que tuviera tantos años y siguiera vivo.

Lo hicimos un jueves. Nos arrancamos de un ensayo PSU y llegamos al terminal de buses poco antes de las nueve de la mañana. Ninguno de los dos habíamos ido nunca a Las Cruces, pero preguntando se llega a Roma, así que nos demoramos un poco pero terminamos arriba de un bus, sin tener ningún dato de dónde vivía Nicanor Parra, pero confiados en que la gente del lugar nos ayudaría a encontrar sus casa y así poder decirle cuánto lo admirábamos.

Cabrera se fue leyendo durante el viaje algunos poemas de esa versión de *Obra gruesa* que nos robamos de la biblioteca y yo me fui durmiendo a su lado.

Llegamos cerca del mediodía al pueblo y deambulamos un buen rato, sin saber a dónde ir, pues estaba prácticamente todo cerrado. Parecía, en estricto rigor, un pueblo abandonado, con esa playa tan amable y pequeña, con un cerro alto lleno de casas que parecían estar completamente cerradas, sin habitantes.

Entonces, para hacer hora, nos tiramos un rato en la playa. Cuando ya el sol se volvió insoportable, caminamos hacia la calle principal y nos sentamos en el mismo paradero donde nos había dejado el bus.

—Yo no me vuelvo si no veo a Nicanor —dijo Cabrera, decidido, y agarró su mochila y empezó a caminar cerro arriba.

Me quedé esperando que algo pasara —que abriera el kiosco de la esquina o el restaurante que estaba más allá—, hasta que volvió Cabrera y me gritó:

—Calle Lincoln 113.

—¿Qué es eso?

—La dirección poh, huevón. Vamos, muévete.

—¿Y quién te la dio?

—Se cuenta el milagro pero no el santo —dijo como si fuera el mismísimo rey Lear. Subió el cerro riéndose, siempre delante de mí, pues parecía saber perfectamente dónde quedaba la famosa calle Lincoln.

Lo seguí hasta llegar a una casa de dos pisos con las ventanas completamente cerradas. Afuera estaba estacionado su famoso escarabajo; la reja con dos candados, ningún timbre a la vista.

—Lincoln 113 —repitió Cabrera. Tomó aire y gritó fuerte—: ¡Aló!

—Vamos, grita conmigo —me dijo y así estuvimos un buen rato gritando, golpeando la reja, esperando a que alguien nos abriera, pero no pasaba nada. Lo único que ocurrió fue que unas mujeres de la casa de al frente salieron al balcón y nos preguntaron qué queríamos.

—¿Aquí vive Nicanor Parra, cierto? —preguntamos.

—Sí, pero el viejo no recibe a nadie. Es divo —nos respondieron—, seguro que está ahí, pero no va a salir.

—¿Pero ustedes lo han visto?

—Sí, pero nos cae mal, se cree la muerte.

—No se hagan ilusiones, chiquillos. No va a salir.

—¡Gracias! —dijimos y nos quedamos sentados afuera de la casa, esperando un milagro.

Cuando ya había pasado más de una hora y mientras imaginamos cómo hubiese sido ese encuentro, apareció una mujer con dos bolsas en la mano y nos quedó mirando fijo.

—¿Qué quieren? —nos preguntó.

—Hola, somos dos estudiantes y queremos conocer a don Nicanor —dijo Cabrera—. Lo admiramos mucho.

—Él no está, se fue de viaje —dijo ella. Rápidamente abrió los dos candados de la reja y entró a la casa, sin decirnos nada más.

Después de un rato, volvieron a aparecer las mujeres en el balcón.

—No le crean nada a esa vieja, está mintiendo —dijo una de ellas.

—Si el viejo no sale a ningún lado —dijo la otra—. Puro mente, no más.

—Váyanse, chiquillos. No vale la pena, es un viejo divo.

—Gracias —volvimos a decir y nos quedamos hasta que miramos la hora y nos dimos cuenta de que, si no nos apurábamos, íbamos a perder el bus de las cuatro, el último que podíamos tomar para no llegar tan tarde a Santiago y regresar a casa sin que nadie se diera cuenta de que habíamos hecho la cimarra.

Nos pusimos de pie, nos sacudimos la tierra de los pantalones y, cuando íbamos a empezar a bajar hacia la playa, lo vimos. Así, de golpe: se abrieron las ventanas del segundo piso y apareció don Nicanor. Su cabeza blanca, su mirada rígida, contemplándonos por unos segundos. Fue eso: una aparición, un fantasma, un pequeño milagro.

Como podrán imaginar, no fuimos capaces de decir nada. Él nos miró un rato más, en silencio, luego volvió a cerrar las ventanas y desapareció.

—Conchadetumadre —creo que dijimos casi al unísono con Cabrera y bajamos a la playa corriendo, felices, porque lo habíamos visto, porque esa cabeza blanca era de don Nicanor. Era él, el hombre imaginario. Gritábamos mientras corríamos hacia el paradero porque sabíamos que, sino nos apresurábamos, el bus nos dejaría ahí y todo terminaría mal.

Lo alcanzamos de chiripa —un abuelito se demoró más de la cuenta en subir— y nos fuimos felices rumbo a Santiago pensando que algún día le contaríamos

a alguien todo ese viaje. Y ese alguien se emocionaría como nos emocionamos nosotros, cuando lo vimos aparecer en ese segundo piso, de golpe, impresionante.

Entonces, la vida nos pasó por encima: los papás de Cabrera terminaron presos después de meterse en unos negocios con unos vecinos y se tuvo que ir a vivir con su abuelito, cerca de Talca. Ahí, se dedicó a ayudarlo con su terreno y, cuando el viejo se murió, Cabrera vendió la casa, agarró sus cosas y se fue a vivir a La Paz, con una mujer que conoció por internet. Por mi parte, reboté en un par de institutos en los que traté de sacar una carrera, pero no llegué a ningún lado. A veces hablábamos por Facebook. Cabrera me contaba que allá era feliz, que su mujer tenía dos hijos que le decían papá, que conducía el auto de un empresario importante y que si algún día me decidía, él me podía recibir en su casa y conseguirme un trabajo.

Pero nunca me decidí.

Pasaron los años. Encontré trabajo como conserje en un condominio que quedaba en Vitacura y, entonces, volvimos a vernos.

Salí a eso de las once de la noche del turno, caminé hasta Américo Vespucio para tomar micro y, cuando llegué al paradero, escuché una bocina que sonaba insistentemente. Era un taxi. Arriba de ese taxi, detrás del volante, estaba Cabrera, que bajó el vidrio y me dijo que subiera rápido.

Esa noche, Cabrera me fue a dejar hasta mi casa en La Granja. Durante el trayecto nos contamos brevemente nuestras vidas hasta que en un momento llegamos a ese viaje a Las Cruces, a ese encuentro con Nicanor Parra. Me dijo que había vuelto por eso, que me andaba buscando hacía varios días, que no entendió por qué me salí de Facebook, por qué desaparecí de un momento a otro, pero que supo que trabajaba en ese condominio y entonces empezó a rondar el lugar y averiguó mi horario y llegó a ese paradero, sabiendo que estaría ahí.

—Necesito tu ayuda —me dijo y me contó lo del Hamlet. Me dijo que quizá yo no me acordaba, pero que cuando nos obsesionamos con Parra y leímos todos sus libros y todo lo que se había escrito sobre él, había un punto que siempre le quedó dando vueltas: el famoso Hamlet, ese proyecto trunco del que Parra dejó de hablar de un momento a otro, sin que nadie entendiera nada. Después apareció el *Rey Lear* y todos se olvidaron del Hamlet, pero Cabrera no se había olvidado y un día, cuando volvió a vivir Santiago —después de que su mujer lo echara de la casa y él se diera cuenta de que no tenía nada más que hacer en La Paz— y se puso a manejar ese taxi que era de un primo, un día se subió un pasajero que le

empezó a hablar de Nicanor Parra, quién sabe por qué, pero empezaron a hablar y salió el tema del Hamlet y la traducción, y Cabrera le dijo si él se acordaba que Parra tenía ese proyecto. Entonces el pasajero le dijo que no, pero que estaba seguro de que si algún día alguien llevaba a escena ese Hamlet, sería un éxito, un negocio redondo, una cosa de otro planeta y Cabrera se quedó pensando en eso, en el éxito, en el negocio redondo, en que su vida podría ser otra si conseguía ese manuscrito y se lo vendía a algún director, a algún teatro, o a quién fuera, pero iba a ser un triunfo. Estaba seguro de eso, segurísimo, y entonces pensó en mí, en que necesitaría mi ayuda para volver a Lincoln 113 y entrar a esa casa y robarnos el manuscrito y esperar a que Parra se muriera —ya tenía más de cien años, no podía seguir viviendo— y entonces sacar a la luz el manuscrito, inventar una historia, algo, cualquier cosa, pero aparecer nosotros como los herederos de ese texto y disfrutar del éxito que significaría llevarlo a escena, un negocio redondo, volvió a repetir Cabrera, arriba de ese taxi, estacionado afuera de esa casa donde yo arrendaba una pieza hacía varios años, mi casa.

Al día siguiente, temprano, casi de madrugada, nos fuimos en su taxi rumbo a Las Cruces. Durante el viaje, fui leyendo una serie de recortes de prensa que se consiguió Cabrera en la Biblioteca Nacional. Un trabajo de relojería, donde había buscado todos los textos que se publicaron de Parra cuando fue su centenario, textos periodísticos en los que se daban distintas coordenadas sobre su casa, sobre los que entraban y salían del lugar, sobre el funcionamiento de ese hogar, que se llenaba de gente algunos fines de semana, pero que parecía más bien un lugar solitario la mayor parte del tiempo, con don Nicanor y Rosita, su empleada, esa vieja de mierda que nos mintió ese día en que lo vimos por primera vez.

Leí, durante el viaje, en voz alta, los recortes, y cuando llegamos a Las Cruces esperamos la noche en la playa, donde hicimos hora, donde nos acordamos, inevitablemente, de aquella primera vez que estuvimos ahí.

Cuando oscureció, subimos en el auto hasta la calle Lincoln y nos estacionamos un par de casas más allá de la 113.

Esperamos a que fueran las tres de la madrugada y, entonces, entramos a la casa de Parra por la parte de atrás, esa que daba justo a la bahía, una vista impresionante del mar. Entramos por ese lugar, subiendo en medio de árboles y arbustos, y cuando llegamos a su terraza, vimos que iba a ser muy fácil entrar al primer piso. No teníamos idea dónde podía estar el manuscrito, pero Cabrera se había conseguido unos cuchillos que íbamos a utilizar en caso de ser necesario,

intimidar a don Nicanor, a la Rosita. “Nada importante”, dijo, Cabrera, que no me preocupara, todo iba a estar bien.

Abrimos la ventana que daba hacia la terraza y, cuando íbamos a entrar a una de las piezas de abajo donde, se suponía, podían estar algunos de sus papeles importantes, lo vimos ahí, sentado en el comedor, mirándonos fijo, serio, con esa cara de reproche, con la misma mirada que nos dirigió desde ese segundo piso, años atrás. Nos miró fijo, como si fuera una presencia, un fantasma, y se quedó en silencio, mientras nosotros no fuimos capaces de seguir.

Dimos media vuelta y corrimos rápidamente, entre medio de los árboles y los arbustos, rápido, sin decir nada.



Segundo lugar
Casas de tránsito
FELIPE CARES VILLEGAS

Felipe Cares Villegas. Licenciado en Teoría e Historia del Arte por la Universidad de Chile. Postulado en Arte Terapia de la Universidad de Chile. Actualmente trabaja en un programa de acceso inclusivo a la educación superior de la Universidad de Santiago. Obtiene una beca de creación literaria en la convocatoria 2016 del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes para finalizar su primer libro de cuentos.

Se habían acostumbrado a la idea: ella se iría y él se quedaría viviendo en la casa. Uno de los principales acuerdos era que el cambio no fuera demasiado lejano. Lo mejor sería que ambos hogares quedasen a una distancia relativamente cercana, así no tendrían problemas con los traslados del niño y podrían llegar en pocos minutos si se presentaba alguna emergencia.

—Una semana contigo y otra conmigo —dijo Silvia, de una manera muy civilizada para no tener que entrar a pelear ni a meter abogados o jueces en el asunto. De esa manera, además, no estresarían tanto a su hijo y su enfermedad no empeoraría.

—Me parece bien —respondió Héctor, con la vista fija en el camino y atento a que la bolsa se basura, que estaba en el asiento trasero y que contenía el cadáver del animal, no se cayera cada vez que frenaba.

—Hablemos con Miguelito esta noche —sentenció Silvia y le subió el volumen a la radio.

Miguelito había cumplido siete años y hablaba muy poco. Asperger, autismo, psicosis infantil. Esos eran los posibles nombres de su estado, pero los psiquiatras y neurólogos preferían no etiquetarlo de manera definitiva. «Puede cambiar, puede evolucionar, esto pasa siempre con las enfermedades mentales en las primeras etapas de crecimiento», les decían, pero ellos no notaban que hubiera cambio alguno a pesar de los medicamentos y la terapia. Les preocupaba muchísimo el hecho de que su hijo no pudiera hacer amigos ni conversar con nadie más que no fueran sus padres. Y, claro, también estaba el otro asunto. Ellos le decían así: “el asunto”, porque no podían nombrarlo de otra manera. Preferían ni siquiera contárselo a los médicos. Era algo muy raro, vergonzoso, macabro. Tampoco podían explicarlo bien, no entendían qué era realmente lo que pasaba. De alguna manera se sentían culpables de ello.

Desde su entrada al preescolar, a Miguelito le fueron regalando una serie de mascotas. Lo hacían porque los médicos dijeron que ese podía ser un buen comienzo para relacionarse con otros. Le daría la oportunidad de cuidar a alguien, de mostrar sus afectos. Tres perros, cuatro gatos y cinco hámsteres pasaron por la

casa durante dos años, pero ni uno de ellos vivió más de un mes. Silvia y Héctor no entendían bien qué pasaba, si los cuidaban tanto, incluso les compraban un alimento especial, le ponían las vacunas correspondientes, a los perros los sacaban a pasear de tres a cuatro veces por día. Y aun así, todos terminaban en una bolsa de basura, igual que el gato que llevaban en el asiento de atrás, el cual iría a parar al lugar al que suelen ir siempre que les ocurre esto. Tenían su cementerio propio, cerca del cerro. Después de tantas muertes, llegaron a la conclusión que lo mejor era llevarse lejos a los cadáveres, así su hijo no tendría que ver tantos entierros en el patio. A Miguelito le decían que se los llevaban a un lugar especial, un lugar a donde van los animales cuando se duermen y ya no se pueden despertar. No le decían «muerto», ni «fallecido». Le decían que se dormía y punto. Envolvían los cuerpos en una bolsa de basura una vez que el niño se había dormido.

La pareja seguía preguntándose lo mismo en el trayecto al cementerio: ¿cómo era posible que siguieran muriéndose todas y cada una de las mascotas? Una vez que llegaban a la casa y, con el transcurso de las semanas, cada uno de los animales se iba apagando. Como un envejecimiento prematuro. Demasiado prematuro. Tenían calculada con exactitud la duración de los animales en la casa. Sabían que a la cuarta semana todos comenzaban a apagarse. Se movían lento, dormían mucho, dejaban de comer hasta que un día simplemente dejaban de levantarse y se quedaban tirados en un rincón. No se ponían duros, ni se pudrían, simplemente cerraban los ojos y se quedaban inmovilizados. Miguelito pasaba mucho tiempo con ellos durante esos treinta días de vida. Extrañamente les hablaba, no mucho, pero algunas palabras les dirigía a sus mascotas. Y eso era lo que ponía triste a la pareja, que su hijo fuera perdiendo aquello que le permitía ir mejorándose de su enfermedad. Les gustaba tanto escucharlo conversar con ellos.

Como el hecho venía sucediendo desde hace dos años y no se detenía, Silvia pensó que tal vez el lugar estaba maldito o que, a lo mejor, había algo ahí que les provocaba una muerte temprana a las mascotas.

—Hace dos años que debimos hacerlo —dijo ella, mientras Héctor se estacionaba en un espacio polvoriento, cerca de un montón de basura.

—No empieces con eso —respondió Héctor, sacando del asiento trasero el cuerpo del gato muerto. A él no le parecía una razón válida que la casa estuviera maldita o que estuviera habitada por espíritus. «Puras tonteras», decía cuando Silvia intentaba explicarle el funcionamiento de estos males. Claro que entendía que no era precisamente eso de lo que ella estaba hablando en ese momento.

Una vez que dejó el cuerpo del gato en un cerro de basura, se subió al auto y partió de regreso a casa, *su casa*, donde viviría solo con Miguelito semana por medio..

Silvia quiso asegurarse. En cuanto encontró la casa nueva, a tan solo quince minutos en auto de la de Héctor, lo primero que hizo fue llamar a un curandero que hacía limpiezas. Lo hizo un jueves en la tarde. El hombre llegó y se paseó por todas las piezas, quemando incienso y recitando plegarias para que cualquier espíritu que anduviera dando vueltas por ahí se fuera y encontrara su camino a la otra vida. Una vez finalizado el rito, le aseguró que la purga había sido efectiva, que había detectado solo una entidad, pero que había conseguido irse, por lo tanto no tendría que preocuparse por nada. Era un habitante bueno, le dijo. Silvia se sintió tranquila después de eso y, como una manera de probar que el asunto era efectivo, esperó a Miguelito a la semana siguiente con un perro. Una nueva mascota.

Miguelito se encariñó enseguida. Pasaba siempre con los animales que le regalaban, andaba con ellos para todos lados. Incluso tuvieron que comprarle una jaula, porque no soportaba pasar demasiado tiempo lejos de él. La primera semana que le tocó pasar con su padre lloró y lloró y lloró. Héctor no consiguió entender lo qué le pasaba. Le mostró una foto de su madre, pero no era eso. Le preguntó si no le gustaba estar solo con él, si no le gustaba su antigua pieza, si no le gustaba cómo cocinaba, si tenía frío, si tenía calor; pero el niño respondía a todo que no con la cabeza y lloraba inconsolablemente. Hasta que le preguntó por el perro y Miguelito asintió con la cabeza y detuvo las lágrimas. Silvia tuvo que llegar al día siguiente con el animal para que se calmara de verdad. Con eso se tranquilizó la semana completa. Así que cada vez que le tocaba cambiarse, los metían a los dos al auto y se iban todos juntos.

Pero este animal no fue la excepción. El perro duró, al igual que el resto, solo un mes. A la cuarta semana comenzó a deteriorarse. Lo llamaban para jugar, pero no quería levantarse. Prefería dormir en un rincón, como si cargara con toda una vida de juegos y saltos, tal y como le pasa a los perros viejos. Hasta que llegó el día en que no se levantó más. Silvia lo tocó y lo sacudió, pero el animal no respondió.

Aterrorizada, pensó que el problema seguía estando en la antigua casa. Algún mal tenía que haber allí que seguía contagiando a las mascotas de su hijo. Y se lo dijo a Héctor muy seriamente: O haces una limpieza de energía o no llevo más a

las mascotas de Miguelito. Y este tuvo que aceptar. Así que llamaron al curandero para que hiciera el mismo rito en la casa vieja. Incienso y rezos toda una tarde.

—No se imaginan la cantidad de habitantes que tenía este lugar —dijo el hombre—, algunos eran bastante malos y me costó expulsarlos, pero ya se fueron todos. Ya no tendrán problemas con ellos.

—¿Contenta? —preguntó Héctor una vez que el hombre se fue, con el mismo tono de reproche que usa para sacarle en cara algún asunto.

—Sí —respondió ella.

A diferencia de todos los muertos que le había tocado envolver, esto no le había pasado antes. Justo cuando Silvia estaba metiendo al animal en la bolsa, Miguelito entró a la cocina. Se había despertado por un mal sueño. El niño abrió los ojos en su máxima expresión sin soltar una sola palabra y se quedó inmóvil ante la cruda escena. El único movimiento que hizo fue el de alzar el brazo e indicar con el dedo al perro que estaba siendo envuelto en ese oscuro envoltorio. Silvia no supo muy bien cómo abordar el asunto. Le pidió que tomara asiento.

—Hijo, mira, el perrito se quedó dormido, ¿te acuerdas que te conté que cuando se duermen los llevamos a un lugar donde pueden seguir durmiendo todo lo que ellos quieran? —le explicó nerviosa.

Miguelito se incorporó y tomó el cuerpo del animal envuelto. Le hizo un gesto demostrándole que entendía lo que estaba pasando. Y eso era bastante novedoso, muy pocas veces daba señales de comprender lo que la mamá o el papá decían. Con un sonido gutural y con el mentón indicando hacia la salida, el niño pidió salir con ella. Silvia no dijo nada y le preguntó si estaba seguro, si realmente quería acompañarla. El niño asintió con la cabeza y partió arrastrando la bolsa hacia la puerta de entrada de la casa. Lo hizo tan tranquilo y contento como cuando el perro estaba con vida.

—Ahora no, Miguelito. —le explicó— Vamos a ir mañana, cuando sea de día. Vamos a llamar a tu papá para que nos pase a buscar..

El auto avanzaba firme por el camino. Nadie decía nada. Los dos adultos iban con la vista fija al frente y Miguelito miraba por la ventana, viendo cómo las casas comenzaban a distanciarse cada vez más, dando paso a un sector lleno de terrenos baldíos y algunos árboles secos, producto de la ola de calor que había llegado hace un par de semanas a la ciudad.

—El perrito ahora va a descansar —dijo Silvia—, se va a ir al cielo donde viven todos los otros animalitos que has tenido.

El padre no dijo nada y Miguelito quedó atento, expectante ante el resto de la explicación.

—Llega un momento en que los animalitos y las personas se duermen y no se despiertan más. Y lo que pasa con ellos es que se van al cielo y se quedan viviendo allá, entre las nubes, jugando todo el día. Es como una casa nueva muy bonita a la que llega todo el mundo cuando ya no se pueden despertar más.

Miguelito miró por la ventana hacia arriba. Vio el azul del cielo y las nubes que había allí. Pero no logró ver nada, por más que se esforzó.

Una vez que llegaron al lugar de siempre, se bajaron del auto y sacaron la bolsa con el cuerpo del perro. Héctor sacó una pala de la parte trasera del auto y comenzó a cavar un hoyo. Cuando logró una profundidad suficiente, dejó ahí el cadáver y lo tapó con la misma tierra que había removido.

—Ya se fue el perrito —dijo Silvia—, ya está en el cielo.

El niño miró la tierra, luego el cielo y finalmente a sus padres. Sonrió a pesar de no entender muy bien qué era lo que estaba pasando.

—Vámonos a casa —dijo Héctor, dándole unos pequeños golpes con la pala a la tumba para que la tierra quede firme. Y puso unas flores que habían arrancado del jardín de la casa para que no se viera tan feo.

Miguelito se soltó de la mano de su madre y se acercó a la montaña de basura donde tantas otras veces la pareja había tirado cuerpos muertos de animales. Inspeccionó el lugar como lo haría un perito en busca de las pistas de un homicidio. Miró cada detalle, cada objeto que componía esa maravillosa montaña de basura. Y ahí, entre medio de muchos objetos inútiles, rotos y bolsas de plástico, encontró varias partes cercenadas de las que habían sido sus mascotas: pelos y huesos de distintos colores y tamaños. El niño vio una calavera y pudo reconocer al que había

sido el último de los gatos que había estado con él, solo que ya no lo cubría el pelaje. Lo único que quedaba era un trozo óseo con ojos vacíos, sangre, gusanos y otros insectos caminando sobre él, semejante a un mundo pequeño viviendo a los pies de un cerro. Miguelito se acercó lo suficiente como para que el olor a podrido lo golpeará. El calor y el paso de las semanas habían descompuesto el cuerpo.

—¡Miguelito! —gritó Silvia desde lejos, corriendo hacia él para que no tocara nada y no se ensuciara ni se infectase con la carne en descomposición.

Sin asustarse ni espantarse por el asqueroso aroma, el niño estiró la mano hacia el montón de basura, intentado alcanzar algo, aferrarse a eso que conocía y que ahora descansaba entre esos escombros. La madre llegó a tiempo para tomarlo en brazos y rescatarlo de alguna posible enfermedad.

—Sucio, caca. —dijo ella y se lo llevó de vuelta al auto.— Dile «chao» al perrito.

Y así lo hizo el niño al subirse en el asiento trasero. Miró por la ventana hacia el montoncito de tierra removida y se despidió con su mano izquierda. Era su primera tumba, su primer entierro. Héctor encendió el motor. El vehículo inició la marcha casi al mismo tiempo en que el sol ya comenzaba a esconderse.

—Pasemos a comernos una hamburguesa —dijo el padre, sonriéndole a su hijo a través del espejo retrovisor.

—¡Qué rico! —dijo Silvia y le subió el volumen a la música, igual que en esos veranos en los que solían viajar juntos los tres al sur, cuando aún vivían todos en la misma casa. Miguelito sonrió de vuelta y se puso a pensar en cómo será el cielo. Se imaginó un lugar hermoso, agradable, una casa muy bonita a la que habían llegado a parar todos sus animales. Sin que los dos adultos se diera cuenta, el niño abrió la mano derecha, la cual estaba empuñada desde su expedición a la montaña de escombros. En la extensión de su palma apareció una araña, no muy grande, que exhibía un pelaje marrón. La había sacado de una de las cuencas vacías de lo que fue alguna vez su gato. Se quedó mirándola, atento y satisfecho, porque ahora se iría con ella a casa, a ese lugar previo en el que le tocaría estar antes de iniciar el viaje al cielo con el resto de sus mascotas. «Y para ese viaje, ¿cómo será la partida a un lugar tan lejos y tan arriba?», se preguntó. Si tan solo hubiera sabido que era hacia ese lugar a donde todos se iban. Pero al ver a la araña pensó que tal vez ella debía tener algunas respuestas, después de todo había salido del ojo vacío del gato. Algo debía saber, algo debía haber visto de ese lugar a donde van los animales cuando se duermen. Miguelito volvió a empuñar la mano, sin apretar a su nueva

amiga, para dejarla libre en alguna de sus dos casas más tarde. Tendría otro mes más, otros treinta días, para conversar con alguien antes de hacerlo dormir para siempre e inicie su viaje a un lugar tan lindo como el cielo, pudriéndose en una montaña de basura.



Tercer lugar
Un pitido largo y continuo
GRACIELA PINO GAETE

Graciela Pino Gaete. Nació en Chile y ha vivido largo tiempo en Europa. Se ha formado como pintora y dibujante, sicóloga, diplomada en docencia y es especialista en hipnosis clínica. En España ha cursado estudios doctorales en Literatura y Literatura de América Latina; además tiene el grado de magíster en guion de cine y televisión. El Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, a través del Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura, le ha otorgado la beca de creación por el proyecto del libro de cuentos «Árboles sin sombra», que se publica en el año 2016.

La maleta traqueteaba contra el suelo húmedo y los tacones de Pamela hacían de comparsa. Miraba a quienes iban y venían como si viera gente por primera vez; esas personas apuradas le parecieron más grandes que antes, rellenas, gruesas. Tanto tiempo fuera de Chile. Estaba llegando a la esquina de Lyon con Nueva Providencia cuando la garúa empezó a engordar hasta convertirse en lluvia. Sonrió. Le gustaba la lluvia. Levantó la cara al cielo para que los goterones se llevaran el *jet lag*, la jaqueca, y esa intranquilidad que se le alojó en el pecho cuando puso un pie en Santiago. «Fuera de aquí y no vuelvas nunca». Siguió pisando fuerte para espantar la imagen de su madre, sobre todo su mirada fría. Desvió la atención hacia los que pasaban por su lado, reparó en que iban tan bien vestidos como los maniqués de las vitrinas que había visto durante la tarde. Empezaba a oscurecer. No podía demorar más la ida a esa casa, la que había sido su casa hasta los treinta años. Al llegar a la esquina perdió el tacón de un zapato y cayó como quien se tira de espaldas sobre la cama: los brazos extendidos hacia arriba, la cabeza contra el suelo soltando un ruido hueco. Media maleta sobre sus piernas. Alguien puso en su regazo la cartera que había saltado lejos. El cuerpo pequeño y delgado, envuelto en su abrigo negro, parecía una sombra dibujada en el suelo.

Estaba quieta. Algunas personas se detuvieron junto a ella. La miraban como si hubieran visto a la muerte entrar en escena, como esperando que el alma, el espíritu o lo que se escapaba del cuerpo al morir se levantara y saliera caminando, corriendo o volando hacia su nuevo destino. Las personas se hicieron oír:

—No la muevan.

—Llamen a una ambulancia.

—Yo lo hago, yo lo hago...

—Pobre mujer.

—Pongan un paraguas sobre su cara, al menos.

Tres paraguas cubrieron su cuerpo. Tres caras serias y compungidas la miraban mientras pasaban los minutos. El puño bien apretado contra los mangos de madera, de plástico, de goma.

La ambulancia no llegaba.

De pronto abrió los ojos. Miró a esas personas que hacía un rato le parecieron rellenitas; tuvo la sensación de que se agigantaban. Abrió un poco más los ojos para aclarar la imagen, pero solo vio siluetas recortadas contra las luces del alumbrado público y tres círculos oscuros: los paraguas sobre ella como nubes negras bien delimitadas. Algo la pinchó dentro de su cabeza. Cerró los ojos, más bien se cerraron sin mediación de su voluntad. Le pareció oír una melodía folclórica: eran los acordes de una cueca que un hombre sentado a unos metros punteaba en las cuerdas de un arpa. Pero eso ella no lo sabía. Solo oía la música y pensaba que quizá estaba muerta, que ese sonido cristalino venía de ángeles chilenos que salían a recibirla. «Eso no puede ser», pensó. No hay un cielo chileno, argentino o portugués. No puede haber un cielo con fronteras para los muertos. Recordó que faltaban meses para fiestas patrias, que esa música estaba confinada a esos tres días desde hacía mucho, quizá a uno o dos días más, pero solo eso. Sus compatriotas parecían haber cambiado algo más que de facha y de tamaño.

La ambulancia ya estaba ahí. Su agudo ulular violaba los oídos de cada uno de los que miraban la escena.

El sonido del arpa cesó. El hombre que la tocaba se encorvó un poco para ver, por entre las piernas de los otros, como ponían la camilla en el suelo, como levantaban el pequeño y delgado cuerpo de la mujer y lo depositaban con sumo cuidado sobre la camilla y como la tapaban con una manta verde musgo. Adentro de la ambulancia y junto a ella: la maleta, su cartera y un joven gordo de piel lozana que la miraba ensimismado.

La ambulancia la llevó al hospital El Salvador.

Las puertas batientes rechinaron cuando la camilla ingresó por un pasillo estrecho. Abrió los ojos y vio luces lechosas que iluminaban los manchones de humedad del cielo raso y la cara del joven gordo y lozano.

—¿Cómo se llama, señora?

Le pareció que esa voz venía de lejos. Sintió un mareo que la hizo levantar la mano y agarrar con fuerza la baranda fría de la camilla.

—Pamela, como los sombreros de fiesta.

—¿Qué?

—Pamela.

—¿Quiere que llamemos a su familia?

Miró al joven sin pestañear. *Su familia* o lo que quedaba de ella. Una madre neurótica y un hermano que no le trabajaba un día a nadie. No era mucho, pero era lo suyo. «Eres una mal agradecida». Juntó las manos y las restregó nerviosa.

—¿Cuándo puedo irme?

—Mientras no la vea el médico, no puede. Tiene un TEC cerrado. Es peligroso.

—¿Dónde están mis cosas?

—Ahora se las traen, no se preocupe.

Asintió levemente con la cabeza y cerró los ojos. Estiró las piernas lo más que pudo y relajó su cuerpo cansado por el largo viaje. El joven la llevó a una pequeña salita.

—Solo estoy mareada.

—Así empieza.

—¿Empieza qué?

—La lista de síntomas.

Abrió los ojos y lo miró irritada.

—¿Quiere asustarme?

—Claro que no... Descanse, pero trate de no dormirse.

El médico entró al poco rato.

—¿Qué tenemos por aquí? —dijo.

—Nada grave —dijo ella—, solo me caí en la calle.

—La gravedad la decido yo.

El médico le habló bruscamente con un tono autoritario y la miró enojado. Ella replicó subiendo el tono.

—No me hable así. Hace mucho que nadie me habla así, ni me mira de ese modo.

—¿Qué?

—Lo que oyó.

—Ya tenemos otra noche de esas —dijo el médico, mirando al joven que le guiñó un ojo en señal de aprobación.

Ella le dio un vistazo al médico de pies a cabeza, sin disimulo. Iba tan bien vestido como la gente de la calle y estaba gordo como todas esas personas, tanto como el joven lozano parado junto a él. El médico irguió un poco la espalda encorvada, hizo como que acomodaba el estetoscopio en el cuello y lo dejó tal como estaba antes. Llevaba el delantal abierto, albo y pulcramente planchado; la camisa con una figurita bordada en el pecho se abría tirante entre botón y botón dejando entrever unos pelos canos.

—En realidad, ustedes solo han cambiado de facha, pero eso no cuenta —dijo ella.

El médico la miró extrañado, negó con la cabeza y empezó la revisión. Una mujer entró con la maleta y la cartera de Pamela. Las dejó en una esquina.

—A ver, señora: abra los ojos y no pestañeé —ordenó el médico.

Apuntó una pequeña linterna hacia los ojos de Pamela; primero a uno, después al otro. Luego le preguntó:

—¿Qué día es hoy?

—Martes —respondió Pamela.

—¿Dónde estamos?

—En Chile.

—¿En qué lugar, exactamente?

—En Santiago, en un hospital. Ya le dije que estoy bien, solo fue un susto.

El médico la miró muy serio. Ella hizo lo mismo. El joven la miró expectante, como si temiera que en cualquier minuto se levantara y se fuera.

—Tóquese la nariz con la punta del dedo índice.

Ella levantó la mano y lo hizo rápidamente buscando convencerlo de que estaba bien.

—Levante la pierna izquierda.

Ella lo hizo.

—Ahora la derecha, sosténgala en alto.

También lo hizo, con un movimiento corto y rápido. El médico le preguntó otras cosas, le tomó la presión arterial, apuntó datos en una hoja y se la dio al joven.

—Que se quede unas dos horas en observación —le dijo—. Después, que se vaya.

Le clavó la mirada a Pamela como queriendo decir «Y no vuelva». Se dio media vuelta y salió sin despedirse.

—¿Siempre es así de grosero?

—¿Quién?

—El médico, quién más. No se despidió ni de ti.

—Hay mucho trabajo, señora. Tiene suerte de que la hayan atendido rápido.

Ella miró hacia la ventana.

—Ya escuchó —dijo él—, en dos horas puede irse. Descanse, vuelvo luego. Sus cosas están en esa esquina.

El joven salió y Pamela se quedó mirando una mancha roja que había en la pared.

—Sangre, qué asco.

Se sentó en la camilla y sintió un pequeño mareo. Se quedó quieta un rato escuchando los ruidos que le llegaban de la salita de al lado: un choque de metales la hizo pensar en espadas; otro era un pitido intermitente, de esos que ponen en las películas justo cuando alguien va a morir, antes del pitido continuo y largo. Mientras oía miraba alrededor: una bandeja con vendas, algodones, una caja con guantes de látex, un afiche de prevención de la obesidad con la foto de una gorda que se apretaba un grueso rollo sobre el ombligo. Enderezó la espalda y se tocó el abdomen, solo un pequeño rollo por ahí. Le dolía la nuca. Se palpó un chichón.

«Qué manera de aterrizar», pensó. Se bajó de la camilla y perdió el equilibrio. Recién caía en la cuenta de que a su zapato le faltaba el taco.

Avanzó cojeando y, sigilosamente, recorrió la cortina a la entrada de la salita. Había algunas personas al fondo del pasillo, todas gordas. Apretó un poco los ojos y volvió a mirar. Eran obesas, ¿qué estaba pasando con la gente? Algunos tomaban café y hablaban bajito, como si estuvieran chismorreando; un tipo metía datos en un computador; una señora demasiado mayor para estar trabajando pasaba un paño húmedo sobre una repisa. Pensó que no quería una vejez como esa. Se acercó a la maleta, la abrió, sacó unas botas y se cambió el calzado. Tomó sus cosas y se encaminó por el pasillo tratando de no hacer ruido. Dos enfermeras pasaron por su lado sin fijarse en ella. Se volvió a mirarlas; bajo los delantales se adivinaban sus figuras rollizas. Llegó a la entrada de urgencias. Estaba atiborrada de gente con cara de pena, de dolor, de preocupación. La doble papada en los cuellos aumentaba su apariencia de enfermos. Pensó que les hacía un favor desocupando la salita para que los atendieran; tal vez pasarían horas esperando.

Salió a la calle para tomar un bus o un taxi. Aún llovía. No quería mirar a la gente porque empezaba a choquearla tanta gordura por todos lados. Quizá el golpe en la cabeza le había afectado. No, eso no podía ser. Se dedicó a mirar los autos, sus luces pintaban de brillitos las gotas de agua que seguían cayendo sobre la ciudad. Miró al cielo para refrescarse. Recordó las palabras de su hermano: «Ven, la mamá está mal». Le hizo señas a un taxi que se detuvo junto a ella. Puso la maleta en el asiento de atrás y se sentó al lado del chofer. Le dio la dirección. A pesar de los años y de los muchos lugares en los que había vivido, la dirección de la casa de sus padres era la única que no olvidaba. El chofer le habló del clima, de la contaminación, de la lluvia limpiando los cielos y regando los campos. Ella asentía tratando de recordar los nombres de las calles; esos lugares en los que jugó de niña, estudió de adolescente, trabajó de adulta. De tanto en tanto miraba de reojo la abultada barriga del chofer. Cruzó los brazos bajo el pecho más que inquieta. Mantuvo la mirada fija en el auto que iba adelante. Miraría solo el auto, solo el auto, no a la gente que estaba tan rara.

El taxi se detuvo frente a una casa en la comuna de La Reina. ¿Cómo saludaría a su madre? Tenía que olvidar. El pasado era una novela con final conocido; no quería seguir girando sobre esa historia como un disco rayado. El taxista le dijo la tarifa pero ella no lo oyó. El hombre le tocó el brazo. Ella miró su cara rolliza, colorada, los ojos saltones. Inmediatamente desvió la mirada a su cartera.

—Disculpe —dijo ella—, ¿cuánto es?

Buscó torpemente un billete y le pagó la carrera sin esperar el vuelto, sin mirar siquiera al conductor. Se bajó del auto y tomó la maleta. La arrastró hasta la reja y ahí se quedó, borrando la cara del taxista, ensayando un saludo, deseando no estar ahí.

Empujó la pequeña puerta de reja, que se abrió soltando un chirrido. Estaba rota. No le extrañó, su hermano era como era, por eso la puerta estaría mala por siempre. Miró los árboles sin hojas, los troncos gruesos y la maleza. Pensó cómo sería todo si el padre no hubiera muerto. Se quedó junto a la puerta de la casa. Allí estaba el número 111 pintado en una tablita redonda. Siempre le gustó dar su dirección por el solo placer de nombrar aquel número. Quizá era porque el once la perseguía desde que tenía uso de razón: en otras direcciones, en su cédula de identidad, cuando preguntaba o veía la hora, sobre todo en esas ocasiones. Era como una señal. ¿Cómo saludaría a su madre? Había jurado no volver. Le diría: «Vine porque estás enferma», «Rodolfo me llamó, por eso vine», «Sí quieres, me voy a un hotel». Inspiró hondo y tocó el timbre. Esperó. Nadie abrió. Volvió a tocar poniendo la oreja cerca de la puerta. Le pareció que el timbre no funcionaba. «Cómo no», se dijo. Golpeó con los nudillos. Eran las once de la noche en punto, pero ella no lo sabía.

Abrieron la puerta lentamente. Se le aceleró el pulso. Apretó el asa de la maleta, también la correa de su cartera, se aclaró la garganta. Una luz amarillenta y débil fue definiendo la cara de su hermano apenas visible tras la puerta.

—¡Pamela!

Rodolfo abrió la puerta y se abalanzó sobre ella para abrazarla. Se quedó muy quieta. Lo rodeó con sus brazos a la altura de la cintura. Sintió que abrazaba a un oso.

—Hermanita, ¡por fin! Llevamos meses esperándote.

—Vine, tal como me pediste.

No supo qué más decir. De qué hablarían. Siempre fueron muy diferentes, ni siquiera las pocas veces que hablaron por teléfono habían encontrado un tema en común.

—Pasa, pasa. Estás mojada. Y fría.

Él tomó la maleta. Ella cerró la puerta y se volvió para mirar adentro. Parecía como si el tiempo se hubiera detenido: no habían vuelto a pintar esas paredes o el techo que alguna vez fue blanco. El suelo de parquet estaba cuarteado y con manchas. Habían algunas fotos suyas colgadas en la pared, de joven, de niña. Esa niña risueña y con hoyuelos en las mejillas era ella. Era ella.

—Mira, mamá —dijo Rodolfo—, adivina quién llegó.

Pamela avanzó un poco. Vio a su madre sentada en el living, a Rodolfo de pie junto a ella como un edecán. «Ellos también», se dijo, «tan gordos, obesos». ¿Qué diablos pasaba en este país? Observó como su madre bajó las piernas del sofá, se sentó correctamente y se pasó los dedos por el pelo a modo de peineta. Tomó el control remoto y le bajó el volumen al televisor. Solo después miró hacia la entrada, observó a la hija en silencio. Pamela se quedó parada allí, cerca de la puerta. Temía dar un paso.

—¿Quién es? —dijo la madre.

—Pero mamá —dijo Rodolfo—. Es Pamela, la Pamelita.

La anciana tomó el control remoto y volvió a subirle el volumen al televisor. Puso toda su atención en esas imágenes. Pamela se quedó clavada al piso. La intranquilidad que había sentido desde que puso un pie en Santiago se manifestó como una punzada en el estómago. Agarró la correa de su cartera con fuerza, levantó la cabeza y caminó taconeando firme hacia el living. Se sentó en el sofá orejero.

—Ahí no —dijo la madre—. Ese es el sofá de tu padre.

—A él no le molestaría —dijo Pamela.

—Pero a mí sí.

—Mamá —dijo Rodolfo—, por favor, viene recién llegando...

La anciana miró de reojo como Pamela se acomodaba en el sofá. Después cambió el canal de la tele y miró al hijo.

—Tengo hambre. Pide una pizza. No, mejor dos.

—Pero si ya comiste.

—Tengo hambre.

El hermano se acercó a Pamela.

—¿Comiste?

—No, aún no.

—Entonces comeremos pizza. ¿Te traigo bebida, algo?

—Sí, un vaso de bebida estaría bien.

Rodolfo se fue hacia la cocina. Pamela miró a su madre.

—¿Cómo te has sentido? Me han dicho que estás enferma. Pero no lo pareces, te veo... bien.

La madre no la miraba, no respondía. Pamela siguió hablando.

—Hay cosas que no cambian, ¿verdad? Creo que no debí haber venido.

La madre la miró con el ceño fruncido.

—No me tutees.

Pamela asintió sorprendida. Estaba acostumbrada a tutear a la gente, quizá por eso no recordó que a ella siempre la trató de usted. Rodolfo entró con la bebida gaseosa.

—¿Tiene azúcar? —dijo Pamela.

—Supongo que sí. Es la única que hay.

—Ah, bueno, gracias.

Bebió un trago largo. Rodolfo se sentó junto a la madre. Miraba a su hermana.

—¿Te quedarás? —preguntó de pronto Rodolfo.

—¿A vivir aquí? No, ya no.

—Pero me dijiste que vendrías por un tiempo.

—Un corto tiempo, para ayudarte —miró a la madre—, pero veo que no es tan necesario.

Rodolfo se levantó confundido. Mientras caminaba hacia la cocina, dijo:

—Traeré platos. La pizzería está aquí al lado, son muy rápidos.

—Así que un corto tiempo —dijo la madre.

Pamela se levantó a mirar las figuritas que estaban sobre la repisa de la chimenea. Las tocó moviéndolas de lugar. El polvo que las cubría se le pegó a los dedos. Se los limpió con desagrado en el abrigo.

—Sí —dijo sin dejar de mirar las figuritas.

La anciana subió el volumen de la televisión otra vez. El repartidor de pizza llegó con el pedido. Rodolfo lo despachó rápido y llevó las cajas a la mesita de centro. Después puso los platos a un lado y sirvió porciones para los tres. Antes de sentarse a comer, dijo:

—Voy al baño. Ya vengo. Coman antes de que se enfríe.

Pamela le dio un mordisco a la pizza, estaba impregnada en aceite. Bebió gaseosa para quitarse el regustillo. «Quizá sea por el salame», pensó. Le dio otras mordidas, pero no pudo seguir comiendo. Miró como su madre se zampaba un trozo como si fuera un canapé, después siguió con otro y otro. El aceite le chorreaba por la comisura de los labios, por los dedos; algunas gotas caían sobre su bata de dormir. Pamela sintió asco. Miró la televisión. Rodolfo volvió y tomó su plato. Comió con fruición como la mamá, peor que la mamá. Enrollaba en un dedo los hilos de queso que colgaban al sacar un nuevo trozo, luego se chupaba el dedo como si fuera el pezón lechoso de una madre. Pamela tomó un sorbo de bebida. La madre se bebió medio vaso de un trago; el hermano, también.

—Creo que me iré a un hotel, nos vemos mañana.

La anciana la miró sin dejar de masticar. Un hilo de queso colgaba de su boca. Pamela no le sostuvo la mirada. Rodolfo se paró de repente, puso el plato sobre la mesa y le dijo:

—No, ven conmigo, tengo que decirte algo.

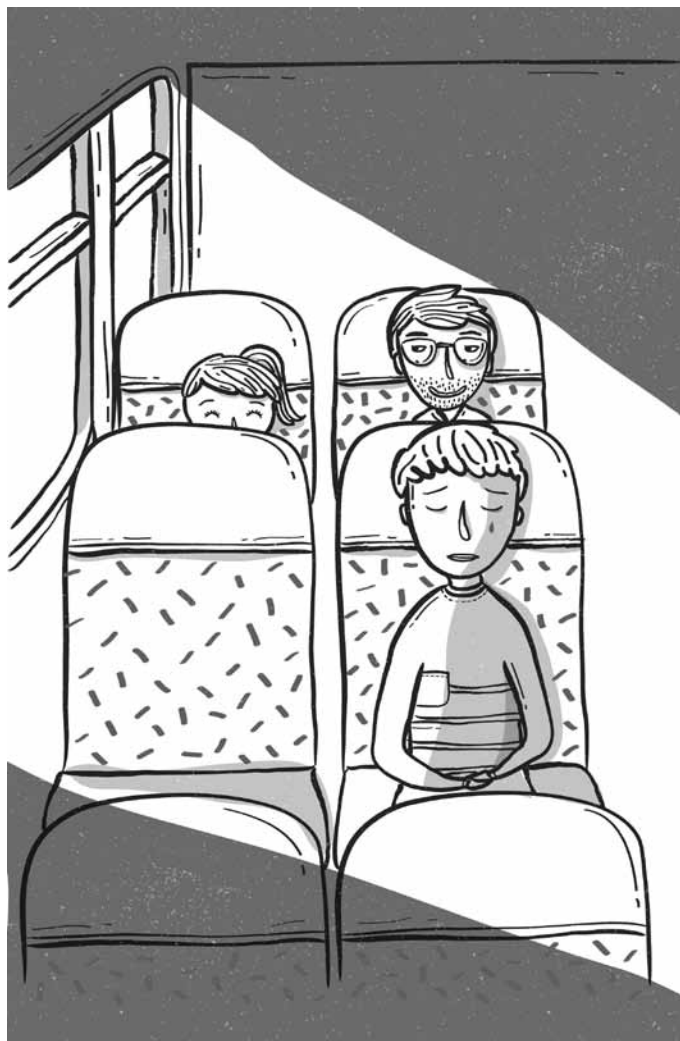
Salió tras él hacia la puerta de la calle. Rodolfo tomó un bolso del armario de la entrada.

—Me voy —dijo.

—¿Qué?

—Ahora te toca a ti.

Él se acercó y le dio un beso en la cara. Salió corriendo, se subió a su auto y se fue. Pamela no reaccionaba. Se volvió como una automática. Vio el número 111 a la altura de sus ojos, pasó los dedos sobre él. Antes de cerrar la puerta se miró en el espejo de la entrada. «¿Y esta papada?», se dijo. Se tocó el cuello asustada. «¿De dónde salió esta papada?».



Cuarto lugar
Los mutantes no lloran
VIVIAN MORALES CATALÁN

Vivian Morales Catalán (San Antonio, 1988). Es Licenciada en Ciencias Jurídicas de la Universidad de Valparaíso. A lo largo de los años ha incursionado en la literatura, el teatro, la fotografía y la realización de cortometrajes, siempre en constante búsqueda del mejor formato para plasmar sus historias. Ha participado en diversos talleres relativos a lo audiovisual, los que complementan su estudio autodidacta. En 2016 obtuvo el primer lugar en el Concurso de Nanometrajes del Centro Cultural San Antonio. Actualmente se encuentra escribiendo una serie de cuentos que abordan la temática tecnológica en la vida cotidiana, a la par que confecciona o enmienda uno que otro guion.

—Quédate quieta e imagina que somos unos fenómenos —escucho a mi espalda y, atento, dejo de llorar—; que somos unos mutantes con superpoderes y que vamos al lado del bus; que saltamos entre los postes, que nos colgamos de la señalética, que provocamos el asombro de la gente y hacemos explotar los basureros con nuestra súper fuerza.

¡Pum! La patada en el asiento y, por repercusión en mi espalda baja, me saca del ensueño y vuelvo al llanto otra vez.

Llanto. Del silencioso. Con los brazos cruzados para que no se note *tanto* el temblor, con la cabeza gacha y haciendo crujir los dientes.

—¡Estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida! —brama la pequeña bruja y envidia su capacidad para chillar en público sin ser blanco de los reproches de nadie.

Porque cuando se tienen veinte o, peor aún, se tienen veinte y sé es hombre, la opción liberadora del llanto es solo un recuerdo lejano; a la hora del reproche social, a nadie le importa que hayas tenido una semana de mierda, que el estigma de la reprobación de un ramo te esté carcomiendo o que te encuentres viajando a casa en mitad de la semana porque te avisaron que tus padres sufrieron un accidente grave. Y tampoco importa que te haya tocado una suma de circunstancias; no se hace descuento al por mayor. *Llorar es de niñas.*

—Papá, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida —repite ya sin tantas ganas.

Saco un trozo de papel higiénico y me sueno procurando no hacer ruido. Es el último pedazo, lo doblo con cuidado y lo guardo en el bolsillo secreto de la chaqueta: ya tengo con qué limpiarme más tarde. «*Un camión arrastró el auto como una cuadra y tuvieron que venir los bomberos y la ambulancia. Es grave la cosa*» era todo cuanto un tío pudo decir al teléfono. No sé a qué viene tanta precaución con el reciclaje de papel si nadie me está mirando. Es miércoles al mediodía y el bus está más vacío que lleno, cada cual centrado en sus asuntos: escuchando su música, procurando leer algo, intentando usar una pantalla retroiluminada a pleno

sol o, simplemente, posar la vista en un sitio desocupado que les permita rumiar sus propios asuntos sin hacer contacto visual con nadie.

—Deja de dar patadas que el joven de adelante se va a enojar —susurra el padre.

—Voy a llorar.

—Los mutantes no lloran.

Siento fatiga, pero la sola idea de comer algo me provoca náuseas. No tengo nada a mano, en todo caso; hace minutos ya que se bajó la chica que vendía galletas y bebidas, justo en la esquina de la salida del terminal. El viento con olor a mar se cuela por la ventanilla del techo. Es un soleado día de diciembre, nada de nubes tenebrosas, lluvia ni gente enfundada en abrigos negros portando paraguas a juego: un extraño día para morir. Aprieto la mandíbula y percibo un crujido. Imagino un diente rompiéndose y, en seguida, el zumbido agudo del instrumento del dentista. Un nuevo golpe en el asiento me rescata del escalofrío.

—Imagina que somos unos superhéroes —insiste el padre, mostrando un entusiasmo que deja traslucir sus propios deseos de usar mallas—, siéntate tranquila y miremos por la ventana.

Recorro mis piezas dentales con la lengua. No detecto ninguna aspereza. Respiro aliviado y pienso en comida. Recuerdo que no he desayunado, recuerdo que hace una hora me disponía a pedir un café y un sándwich en la cafetería de la universidad y que fue entonces cuando sentí la vibración del celular, aquí, en el bolsillo de la camisa. Corrí hacia la terraza en busca de mejor señal. Al regreso de la llamada mis angustias se habían reorganizado. «*Tus papás sufrieron un accidente...*». No había tiempo que perder; el señor de la cafetería se esforzaba por tomar los pedidos de una veintena de trajeados estudiantes que charlaban con jovialidad. La mayoría acababa de salir de la misma sala en que minutos antes se rendía el examen, solo que ellos lo habían aprobado... y sus padres no se encontraban dentro de un auto hecho añicos.

—Papá ¿cuánto falta?

—Más de una hora.

—¿Cuánto es eso?

—Más de sesenta minutos

—¿Cuánto es eso?...

Salimos de la ciudad, solo queda una carretera por delante; estoy a unos noventa kilómetros de la verdad. Repaso los minutos previos a la llamada que me golpeó, pero no encuentro consuelo en ello. «*Es grave la cosa, es grave la cosa, es grave la cosa*». Parece broma que vaya vestido con traje negro y corbata igualmente negra; cualquier mente suspicaz se inclinaría a pensar que me he levantado listo para asistir a un funeral. Y no errarían por mucho el tiro. —Corbata negra y fijo que te preguntan sucesión por causa de muerte—habían dicho, pero como toda regla general admite una excepción: «a menos que, ridículamente, todos los hombres del curso se valgan de la misma estratagema».

Miro por la ventana: un recinto lleno de autos que, cual coloridos bloques, forman un muro de chatarra. Cierro la cortina reprimiendo un grito, cierro también los ojos y me concentro en mi respiración. Me falta aire, cada inspiración profunda va acompañada de una exagerada contracción de los músculos abdominales; intento recordar sus nombres, pero solo la recuerdo a ella, a ella y sus maratónicas jornadas de estudio de anatomía antes de su examen; a ella, la que me botó en el peor de los momentos.

Trato de no pensar en los momentos felices que pasamos juntos, de no alimentar el llanto con altas dosis de nostalgia aderezadas con cursilería, pero estoy débil y no lo consigo. «*Si ella no me hubiese pateado cuatro días antes del examen...*». Llora. Simulo que tengo tos y luego me sueño con lo que queda del papel higiénico usado.

—Imagina que eres una mujer-pájaro mutante que vuela paralela al bus y hace señas a los pasajeros.

—No me gustan los pájaros.

—¿Y por qué?

—Me hacen caca en el pelo.

—Bueno, entonces imagina que eres una mujer-pájaro con pañales.

—¡Papá! —la niña ríe.

Abro la cortina y compruebo que ya hemos dejado atrás la chatarrería. Los ojos me duelen con el sol. Miro al frente y solo veo árboles: pinos cubiertos de un cielo azul vivo y sin una sola nube. «*Un camión arrastró el auto como una cuadra*». Imágenes de sangre y huesos rotos se instalan mi mente, trato de concentrarme

en el paisaje, pero no tengo éxito y solo consigo ponerme a llorar otra vez. De cara a la ventana, para que no se note *tanto*.

De súbito, un estridente reggaetón me hace girar la cabeza. El sonido proviene del otro lado del bus, alguien que está recibiendo una llamada y se hace el dormido. Maldigo entre dientes con tal impericia que acabo mordiéndome la lengua. «*No está mal algo de dolor físico a estas horas*». Pasan los segundos y el teléfono sigue sonando. Está claro que no lo quieren contestar.

Un hormiguelo se extiende desde la mandíbula hacia toda mi cara. Palpo mi mentón y advierto que tengo la piel adormecida.

—¿Dejó de sonar, papá?

—Sí, ya te puedes quitar las manos de los oídos, niña pesada.

Recuerdo que mi madre me llamó la noche anterior y estuve a punto de no contestarle. Solo quería saber cómo me sentía —mis crisis de ansiedad previas a un examen importante no son ningún secreto—, pero en esos momentos no me apetecía hablar. «*Tuvieron que venir los bomberos y la ambulancia*». «¡Déjenme tranquilo!» fueron las palabras con que me despedí.

Necio de mí.

—Tú eres el pájaro con pañales, yo soy la mujer-ardilla.

—Ya, bueno, ¿y cuál es tu superpoder?

—Soy mitad ardilla.

—¿Y?

—Eso. Soy adorable.

Una idea me asalta: ¿y si se trata de un error y es otro el vehículo accidentado? Después de todo, hay muchos autos de ese modelo en el pueblo. Solo en el vecindario se cuentan unos cinco, todos de un gris parecido.

—¡Gris, gris, gris! Soy una ardilla gris.

No, seguro lo identificaron por la patente, no puede tratarse de otro vehículo.

—Papá, ¿cuánto falta?

¿Y si les robaron el auto? ¿Y si están en casa? Podría llamarles.

—¡Bah! Una ardilla que habla.

En un rápido movimiento saco el teléfono celular del bolsillo y desbloqueo la pantalla. Busco a mi padre entre los contactos y observo su foto con detención. Está desenfocada, subexpuesta; al fondo se divisa una panera ocupada por objetos que no son panes y en la esquina derecha se adivina la silueta de una botella de gaseosa alternativa. ¡Qué desorden!

Siento un retorcimiento seguido de un escalofrío. Clavo lo ojos en la funda de la cabecera del asiento del frente y, ante sus bordadas letras con el nombre de la empresa de transportes, me prometo que en cuanto vea a mis padres les sacaré una foto mejor.

—Papá, ¿puedo prenderles fuego a los árboles?

—Sí, pero causarías un incendio forestal.

—No lo digo de verdad. Es parte del juego. Soy una mutante que lanza fuego por...

—...el trasero.

—¡Papá! ¡no! —tose de la risa.

Llamo a mi padre pero tiene el celular apagado. Repito el procedimiento con el número de mi madre: apagado. No es extraño, pues a menudo dejan los teléfonos en cualquier sitio hasta que se les agota la pila. Observo que mi batería está bajo el diez por ciento; es lo que sucede cuando el estudio me absorbe. Antes de que se agote también, llamo al número de la casa: nadie contesta.

—Extiendo los brazos y de cada mano sale un torrente de fuego.

—¡Cuidado que me quemas!

—Estoy afuera, papá, allí, al lado de esos eucaliptos robot asesinos de unicornios.

Pero si les robaron el auto puede que en estos momentos no estén en casa sino haciendo la denuncia respectiva.

—¿Y tú buscas venganza por sus trágicas muertes?

—No, solo los quiero ver arder porque me provoca curiosidad cómo es que arden los eucaliptos robóticos alienígenas.

Claro, estarán en la comisaría contando que en la mañana fueron a sacar el auto y este no estaba en el estacionamiento.

—Eres una mutante muy malvada.

—Ahora voy a hacer explotar un auto... ese rojo que va allí, o quizá la camioneta negra que viene detrás.

Reimagino la escena, pero esta vez los muertos son una pareja de ladrones de autos. Una mueca extraña, similar a una sonrisa, aflora en la mitad inferior de mi rostro.

—¡Pum! Y el camión explota y los autos que lleva encima salen volando. Y, en el aire, hacen ¡pum! ¡pum! ¡pum! ¡pum!...

Mis padres están bien, sí, están bien. Mejor será que quite de mi cabeza esos pensamientos sombríos. Están bien, sí, están perfectamente.

—Sí, sí, pero quédate quieta, ya.

Están sentados en la terraza tomando té con küchen.

—Y yo estoy parada encima del cartel ese, viendo las bolas de fuego, riendo como una villana demente mientras bailo dando brincos.

El celular vibra dentro del bolsillo de mi camisa, pero no quiero contestar. Con esfuerzo muevo mi brazo que, algo adormecido, no obedece del todo. Tengo el estómago revuelto. Vacío pero revuelto. Miro la pantalla iluminada y mi mayor temor se confirma: quien llama es mi tío.

Pulso el botón verde y espero sin decir palabra.

—Entonces vienes tú, el hombre-pájaro con pañales que se tira pedos, me tomas en brazos y salimos volando hacia esa enorme montaña donde nos esperan nuestros amigos fenómenos.

La voz de mi tío es grave y algo temblorosa. No lo recordaba así. ¿Será algún impostor? Escucho el mensaje del imitador mientras miro hacia el horizonte, allí donde los edificios se asoman recortados contra un cielo azul, inmenso y... falso.

—Mira la ciudad, ya estamos llegando.

—Papá, tengo hambre.

—Sí, ya, toma tu mochila.

Y de pronto soy el hombre-serpiente; sordo a las palabras que ese vil aparatito susurra a un costado de mi cabeza, temerario ante toda advertencia, inmune a toda sutileza. Tengo la sangre fría. Las voces de tragedia no me alcanzan cuando, próximo a ejecutar una de mis cacerías, me arrastro frenético entre las matas.

No voy a llorar.

Soy un mutante, poderoso y letal, nadie ni nada puede vencerme. *No voy a llorar.* Tengo las emociones de una piedra. *No voy a llorar.* Me muevo a velocidades inimaginables. *No voy a llorar.* Siento las hojas de los árboles pegadas a mi cuerpo escamoso. *No voy a llorar.* Me arrastro donde los humanos tiemblan ante mi magnífica presencia. *No voy a llorar.* Todo lo demás es una burda pantomima. *No voy a llorar.* Es mentira que han muerto. *No voy a llorar.* Soy un mutante. *No voy a llorar.* Soy un mutante. *No voy a llorar.* ¡Soy un mutante!

No voy a llorar.



Quinto lugar
Relámpagos de verano
NELSON GONZÁLEZ CASTRO

Nelson González Castro. Publicista nacido en Valdivia, criado en Iquique y actualmente viviendo la vida moderna en Santiago Centro.

El sueño es el mismo. Ella no lo sabe, pero la observo brillar a lo lejos.

* * *

Mi sistema de medición son canciones. Tengo canciones para todo. Si alguien miró a otra persona con intenciones de iniciar una conversación y no le dijo nada, tengo una canción para eso. Si la lluvia apagó el cigarro de un hombre viejo y este no se molestó en volver a prenderlo, tengo una canción para eso. Casi todas las canciones que he escuchado hablan de mi vida. De lo que he visto, sentido y vivido mientras las escucho. Una contiene esa vez cuando mi viejo me subió al auto y manejamos por horas e hicimos las únicas dos cosas capaces de acercarnos: escuchar buena música y escapar. Recuerdo su mirada perdida en la carretera. El aire caliente silbando alrededor. La decepción compartida entre ambos, antes de dar la vuelta y regresar. Hay canciones que miden mis mejores momentos, esas son las más cortas. Pero ahora, mientras manejo por el asfalto caliente del desierto, escucho todas esas canciones salir de parlantes reventados y pienso que cada una de ellas significan lo mismo: los segundos que pasan antes de volver a verla.

* * *

El sol brilla fuerte arriba y las nubes hacen que se alargue e integre en el cielo como si fuesen uno solo. No lo son. El sol seguirá vivo mañana, vivo al día siguiente y así por muchos millones de años más. El cielo y todo lo que está debajo, no. Lo sé. Aquel pensamiento se prende en mi mente cada cien kilómetros y me quema, pero lo apago pisando fuerte el acelerador.

* * *

«Siempre sé tú mismo», me decía ella entre suspiros que parecían ser las pausas que uno hace cuando fuma. «Sé tú mismo». Luego me miraba un buen rato y, mostrándome sus margaritas, agregaba: «Pero sin exagerar». Así era ella, y yo la amaba. Lo notaba en la magnitud que adquiriría el mundo cuando estaba frente a su presencia. Todo era misterioso, interesante y lleno de una insoportable esperanza.

* * *

Cuando murió, renuncié a mi trabajo y fui a todos los lugares que visitamos juntos. A San Pedro, a Valparaíso, al paradero de Irrarázaval con Pedro de Valdivia, fuera de su edificio, al parque donde almorzábamos y a muchos lugares más. Solo para recordar. Supuestamente la palabra *recordar* etimológicamente significa «volver a pasar por el corazón», es decir, y esto es una interpretación sacada de internet, *revivir*. «Tiene sentido», pensaba mientras caminaba por estos lugares, porque lo único que siento al recordar es dolor. Estoy seguro que cuando internet colapse, las personas que hayan alcanzado a descargar las mejores imágenes con frases motivacionales de Pinterest se harán millonarias. La demanda será enorme. Un mercado negro del optimismo se levantará.

En San Pedro me hospedé en el mismo hostel que elegimos aquella vez. Manu, el dueño del hostel, no me reconoció. Era obvio. Sin ella yo era un cualquiera, uno más de los que viajan a San Pedro. Para vivir la experiencia, estar solos, superar un quiebre amoroso, untarse veneno de rana amazónica o, quién sabe, intentar conectarse con algo más grande. Pero yo no estaba ahí para nada de eso, yo tenía una razón profunda, yo era especial y, por muy especial que seas; no lo eres. Ese fue uno de mis pensamientos más recurrentes. Otro pensamiento que obtuve mirando el despejado cielo nocturno es que muchas estrellas murieron hace miles de años, pero aún vemos su luz viajando a través del espacio oscuro hacia nosotros. Eso ya lo sabía, pero luego pensé que probablemente nosotros hacemos lo mismo, en dirección contraria. La noche que más recuerdo es la última. «¡Ustedes son la fogata!», gritaba Manu, sin polera, al centro de personas nacidas en diferentes extremos del mundo. «¡Ustedes son la fogata!», repetía cada media hora. Después de una botella de vino y de observar a las personas reír en euforia, llegué a la conclusión de que Manu efectivamente tenía razón, en un sentido poético, vago e inspirador, éramos la fogata. Y cuando algunos vomitamos al borde del fuego, sentí que también éramos amigos en la noche más oscura. Por primera vez desde que ella murió, sentí ganas genuinas de hablar por horas con alguien real que no fuese yo mismo. Hablar y hablar hasta que mi voz se gastase tanto que se confundiese con la brisa matutina.

Yo: ¿Por qué duele tanto?

Manu: ¿Qué cosa?

Yo: Esto.

Manu: ¿Cómo?

Yo: No... Nada.

Me quedé en silencio por horas, contemplando el fuego extinguirse sobre la tierra, hasta que el cielo se aclaró y el sol volvió a salir. Entonces Manu se acercó con lentes de sol, puso su mano en mi hombro y, con algo similar a una sonrisa en su rostro, dijo: «Deberías irte».

Todo se consume. Nada quema.

No sé cuándo comencé a sentirme tibio por dentro. Tal vez fue después de soñar con ella. Lo único que sé es que observo a las personas vivir sus vidas y me dan ganas de romper cosas. Es un buen sentimiento. O sea, es algo. Y eso siento al avanzar a 150 kilómetros por hora a lo largo de una carretera construida por personas que nunca conoceré y que probablemente están muertas. Veo sus cuerpos sudados barriendo el cemento fresco, las bromas internas en la mirada de algunos burlándose de otros. Autos aparecen disparados en dirección contraria y el vaivén que provocan al pasar a mi lado me hace sentir calma, como si tocasen mi auto para mecirme en una cuna perfumada con humo de cigarro y *Summertime*, de Janis Joplin, sonando de fondo.

Esa canción siempre suena de fondo.

El sueño es el mismo. Ella brilla a lo lejos y me invita a subir a una escalera hecha de luz. Confusión es luz. Miedo es luz. Desolación es luz.

«He estado pensando en la muerte», me dijo una vez después de hacer el amor. «Tú siempre piensas en la muerte», le dije. «Bueno, hace unos días soñé que moría», dijo ella, acurrucándose a mi lado. La observé de reojo: «¿Te dio miedo?». «No. Nunca me ha dado miedo morir. Al contrario». «¿Cómo al contrario?», quise saber. «Me da miedo estar viva y no vivir», respondió ella, medio dormida.

Después de ella hubo otras; cómo no, siempre las hay. Pero ninguna como ella; obvio, nunca las hay. Aunque estuve cerca. A punto de creerme capaz de tostar pan, untarle palta con merquén y no pensar que el cuerpo acostado sobre mi cama no era el de ella, que ahora había otra que también botaba las migas sobre

las sábanas y yo estaba bien con eso, que con una sonrisa cerrada era capaz de aceptar aquella asquerosa y desconsiderada acción. Que todo estaba bien. Que todo estaría bien. Porque eso es la felicidad: fingir tu camino hacia la eternidad, fingir que no te molestan las cosas pequeñas, que no estás tan loco como para decirle «aprende a comer, por favor» a alguien que amas, sin que suene cruel y enfermizo. No. Nunca estuve cerca. Con ella, las migas en las sábanas eran evidencia de que de verdad existía en mi vida, que no la había inventado en mi imaginación, que no era esquizofrenia. Y aquella certeza se traducía en el amor más grande que podía existir, por alguna razón.

Tal vez estamos obligados a devolver todo el daño que hemos recibido. No como algo negativo, sino como algo natural. Eso reflexiono mientras sacudo la pistola de bencina sobre el cemento y respiro fuerte su aroma sin que nadie me vea. Pienso en mi padre. Luego estaciono el auto frente al servicentro y entro para comprar cosas antes de continuar el viaje. Falta poco. Pero no sé qué comprar. Después de recorrer la tienda completa, elijo una botella grande de agua mineral sin gas. «Estoy loco», me digo a mí mismo en voz baja. «¿Perdón?», dice la niña detrás del mostrador. «Estoy loco», le digo, pasándole la botella. «Y dos cajetillas de Lucky light, por favor».

El sueño es el mismo. Ella me dice que el mundo se está acabando. Que está pasando. «Todo lo que se ha hablado por cientos de años, cientos de civilizaciones, cientos de profetas, artículos, memes en Facebook, hasta esas películas ridículas con actores negros haciendo de presidentes de los Estados Unidos, todo eso está pasando». Eso me dice. O eso creo. Al menos tengo la vaga sensación de que es así, porque en el sueño me habla con su cuerpo, en un idioma que no comprendo, mientras yo me dedico solamente a mirarla, sin poner mucha atención a lo que dice. Su cara es blanca y brillante, toda su piel es una gran sonrisa resplandeciente con dos puntos verdes flotando arriba. En el sueño le hago entender que comprendo a la perfección la importancia de lo que me está comunicando, sin saber muy bien de qué me habla. Le agradezco su consideración y cariño por pensar en mí. Me siento honrado. Lleno de amor. Ah, tres de azúcar, por favor.

Despierto con la locación exacta en mi mente. Me ducho, prendo un cigarro y me visto convencido de que la volveré a ver. Está viva. Nunca murió. Subo al auto,

conecto el iPod a la radio y manejo en dirección al desierto. Nada tiene sentido. Y está bien.

Es raro. Nunca imaginas a alguien cantando hasta que lo hace. Y sucede sin previo aviso, como un regalo. Era la primera vez que nos juntábamos fuera del trabajo. En una cita, pero diferente, con la opción disponible de ser odioso si te daba la gana. Familiar. Mejor dicho: libre. Su voz salió disparada de repente tarareando algo mientras buscaba su pijama en el clóset. Sonaba inocente y llena de vida. Esa noche la observé por horas. Había algo tan conmovedor en su forma de dormir que agitó mi respiración y tuve que cerrar los ojos para no despertarla.

El sueño es el mismo. Veo una luz resplandeciente flotando sobre mí. No hay nadie más en el mundo, todos se han ido, lo sé sin saberlo. El despertar es un pestañeo rápido y nada duele.

Llegado al punto donde el tiempo que queda sobre el mundo son solo minutos, el paisaje comienza a comprimirse y el cielo con sus nubes de colores brillantes parece un enorme caleidoscopio. En ese momento, sin ningún auto en la carretera más que el mío, mi voz conversación con otra voz que también es mi voz, y se dicen cosas que resumen escenas de vidas pasadas, cuando todavía había un futuro de donde afirmarse. Por instinto de sobrevivencia, supongo. Por nostalgia. O simplemente por decir cosas en voz alta.

Ella estaba que reventaba. Sus pupilas habían ennegrecido por completo el verde de sus ojos que me observaban fijamente como el anticristo, llenos con insultos, dolor y rabia.

—¡Tú hiciste esto! —me gritó.

Yo sostenía sus manos, pidiendo perdón e intentando desviar mis ojos de su mirada negra y, al mismo tiempo, de la mirada burlesca del doctor que, ahora que lo pienso, parecía disfrutar demasiado cada gemido medio orgásmico que salía de ella.

—¡Te odio! ¡Te odio! —gritaba ella.

No me odiaba, de eso estaba seguro, pero había algo extraño en toda la escena, algo no tan fácil de describir en palabras y que pertenece a esa categoría de la

vida que crece y crece y crece a medida que pasan los años, y que siempre está ahí, al final de nuestros pensamientos, haciéndonos ladear la cabeza, entrecerrar los ojos y preguntarnos: ¿Qué mierda está pasando?

—No me odies —le dije bromeando y ella sonrió por cortesía.

— H a z q u e p a r e , p o r f a v o r .

Me dolía verla sufrir, y no era empatía. Resulta que éramos la misma cosa. Lo que ella sentía yo lo sentía con la misma intensidad, aunque no quisiera, aunque muchas veces luchase contra eso. Desesperado y sin saber qué hacer, como un niño que pierde de vista a su madre en el *mall* de Iquique, mi boca reaccionó por mí, y dijo:

—Tus muslos están muy desproporcionados en comparación con tu cuerpo. O sea, me gustan, pero, siendo objetivo... son bastante gordos. Sus ojos se clavaron al techo, con su pálida boca abierta, exhalando el aire que su nariz inhalaba casi con desesperación. Luego volvió a mirarme y asintió varias veces.

— S i g u e — d i j o , t r a g a n d o s a l i v a .

— E s a v e z q u e t e r m i n a s t e c o n m i g o . . .

— ¿ Q u é p a s a c o n e s o ?

—Te dejé hacerlo. Sabía que querías terminar conmigo porque yo había terminado contigo primero. Así que dejé que lo hicieras, de hecho te ayudé. Puse Jeff Buckley en el equipo a propósito, para darte ánimos.

— M e n t i r a .

—Te lo juro. Sabía que no hablabas en serio y que lo hacías para hacerme daño.

—Maira, ahora sí —dijo el doctor—, puja fuerte.

—Vamos mi amor —dije yo—, tú puedes.

—Hijo... de...

—Ya viene —dijo el doctor—. Veo la cabeza. Ahora, lo más fuerte que puedas: ¡Puja!

Ella gritó.

Recuerdo su grito como un aullido de guerra. Como algún tipo de victoria sobre algo. Me acerqué a ella y besé su frente húmeda, saboreando el metálico sudor.

—Te amo —le dije—, te amo, te amo, te amo.

Pero no hubo respuesta, solo chillidos de la máquina a mi lado y el tiempo haciéndose cada vez más denso alrededor de ella, inmovilizándome. La enfermera me apartó, luego otra enfermera hizo lo mismo, luego dos hombres me empujaron hasta sacarme de la habitación. Luego vino el silencio, muy similar al silencio de la primera vez que la vi, caminando por el largo pasillo del lugar donde trabajábamos, con ella saludando a todos los colegas, pero fijando su atención solamente en mí.

—¿Qué mierda pasó?

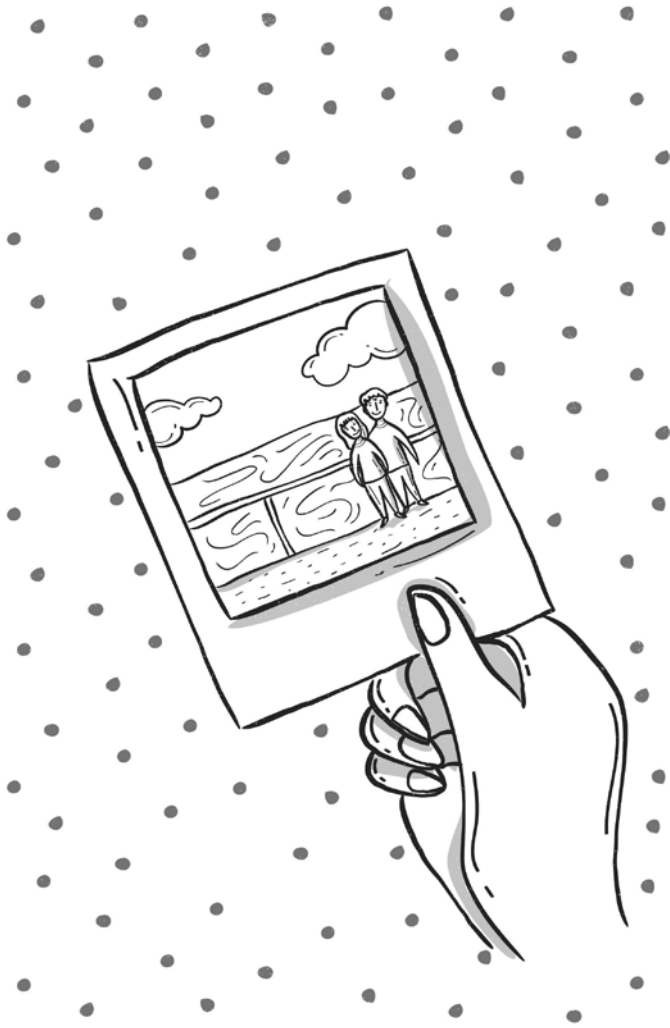
Hoy, al mismo tiempo que el cielo parece un estallido aceitoso de colores y yo desví mi auto de la carretera para introducirme en las profundidades del desierto, donde no hay señales de caminos ni personas, mi hija tendría dos años. A veces la imagino y caminamos juntos por Santiago Centro, tomados de la mano.

Tengo una historia que me gusta contar. Cuando los *Rage against the Machine* tocaron el 2010 en La Florida, yo estuve ahí. Salté la reja que dividía la cancha general del VIP, mientras un guardia bailaba en la oscuridad con los ojos cerrados. Al llegar a cinco metros del escenario me tropecé con una zapatilla y caí al suelo, golpeándome la cabeza contra la rodilla de alguien. Al principio pensé que había muerto, aplastado por la gente, porque no lograba reconocer mi cuerpo entre los cientos de entes que saltaban alrededor. Entonces vi a cada persona prenderse como antorchas mientras sentía que mi cuerpo se fundía con el sonido. Nunca vi una luz tan intensa. Todo se movía como un remolino al centro del estadio, succionando el tiempo y dejando al espacio brillando en miles de direcciones hacia arriba. Lo

último que recuerdo son los gritos de adultos cantando y la sensación de volver a mi cuerpo, cubierto de sangre, rabia y ropa sudada. No es que sea una historia que me ayude a explicar nada, solo me gusta contarla.

El lugar donde me encuentro ahora es el lugar donde sucede, no hay duda. Aún quedan pocos segundos. Envuelvo mi cabeza con un pañuelo, me pongo lentes de sol y salgo del auto. El desierto levanta polvo a mi alrededor como si estuviese intentando escapar de sí mismo. Observo tan maravillado como el cielo brilla en diferentes combinaciones de colores, que no me doy cuenta que las vibraciones tienen a mi cuerpo acostado en la tierra. Pienso que si yo muero, todo esto desaparece conmigo. Tal vez por eso a veces nos sentimos abandonados sin saber muy bien por qué. Tal vez son las capas de otras personas que cesan de existir, las que se levantan y nos abandonan. La radio de mi auto suena fuerte. «¿Por qué todavía no se ha apagado?», me pregunto y luego se apaga. Me arrastro de vuelta al auto, apoyo mi espalda en el parachoques y prendo un cigarro. «Por fin el último», pienso. La primera calada es exquisita. Después sabe a cenizas. El cielo degrada a colores oscuros; de cian a azul marino, de azul marino a rojo sangre, luego a verde petróleo. Está pasando. Entremedio de nubes negras aparece una luz flotando sobre mí, apuntándome. Analizándome. «La última canción», pienso al escuchar sonidos acuosos salir de ella. Este es el último momento de mi vida. No hay más tiempo. La gran luz sobre el cielo parpadea y, en contra de mi voluntad, me fuerza a revisar el interior de mi corazón, con tal de encontrar algún tipo de protesta. Cualquiera. Lo que sea. Pero no encuentro ninguna. Mi cuerpo se calienta por dentro.

Y entonces la veo. Brillando a lo lejos.



Sexto lugar

Puyas

RODRIGO TORRES QUEZADA

Rodrigo Torres Quezada. Licenciado en Historia de la Universidad de Chile. Ha trabajado en varias cosas para aparentar que sigue la corriente y, mientras tanto, escribe. En 2012 obtuvo el primer lugar del concurso Cuéntate algo, V versión, organizado por Biblioteca Viva. El año 2015, la editorial Librosdementira publicó su libro de cuentos titulado Antecesor. En agosto de 2016 obtuvo el primer lugar en el I Concurso Literario Cementerio Metropolitano, con la novela El sello del Pudú.

De pronto el bus se bambolea con brusquedad y me saca de mis pensamientos. La carretera brilla y los cerros secos nos siguen, como si no avanzáramos, como si se burlaran de nuestra ilusión de seguir adelante. Las nubes también parecen detenidas. O es que soy yo quien no quiere despegarlas de la retina. Pero no es solo el movimiento del bus el que me evade de mis ideas. Es mi compañero de asiento. Creo que le gusto. No pierde ocasión para hablarme de sus conocimientos en Física. Apenas nuestras miradas se encuentran, él me comenta sobre algún dato curioso o una de sus anécdotas. Le digo que soy licenciada en Biología, que lo mío son los insectos. Si quiere podríamos estar horas hablando sobre los élitros de los coleópteros. Pero eso no lo amilana. Él insiste y finge que también le gustan los bichos. En eso estamos cuando de pronto veo a un hombre mayor caminar por el pasillo del bus. Se dirige hacia el baño. Luce sereno. Triste. ¿Cuántos años tendrá? Me observa y me entrega una fugaz sonrisa. Yo le respondo con otra. Afuera, el sol va adueñándose del cielo y las nubes se baten en retirada envolviéndose sobre sí mismas.

Me hubiera gustado estar viajando de noche cuando lo único que puedes escuchar son ronquidos y el sonido de la marcha del bus. Pero a esta hora los niños gritan, un bebé pide comida y las personas en general hablan mucho. Sin embargo el hombre mayor está en silencio, apegado a la ventana, en los primeros asientos. Distingo su reflejo. No duerme pero está echado hacia atrás como si quisiera engañarnos y hacernos pensar que sí lo hace. Sonríe. Es una buena técnica para disfrutar de la tranquilidad que ofrece el paisaje.

He venido sola, sin amigas ni amigos, sin pretendientes, sin compañeros de trabajo. Estoy escapando, aunque no tengo muy claro de qué. Quizás de la bulla, de las personas, de la civilización. Sin embargo, eso está muy presente dentro de este bus. A lo mejor ya no se puede escapar. Quizás a mis veinticinco años es imposible evadirse de la realidad urbana. ¿No son hermosos estos cerros? Tan sobrecogedores, tan excelsos. Alguien toca mi hombro. Es el físico. Adelante, el reflejo del hombre mayor sonríe en la ventana.

Estar tanto rato sentada es incómodo. Siento el culo húmedo y el calzón se mete en él como un intruso. Me volteo dándole la espalda al físico aunque me incomoda saber que me mirará el trasero en lo que resta del viaje. Bueno, después de todo una debe soportar una vida entera siendo observada por ellos, los machos.

Apenas supe de este “paseo científico”, como le llamaron, me inscribí. Lo organiza la *Sociedad de Amigos de la Ciencia y del Conocimiento*. Así tal cual. Realizan charlas y talleres en bibliotecas a las cuales, por un tema de tiempo, no he podido asistir. Pero eso no impidió que me inscribiera. «No se preocupe», me dijo el presidente de la sociedad, «cualquiera que ame la ciencia más que a sí mismo puede venir con nosotros». Son personas extrañas estos amigos de la ciencia. El presidente es un tipo gordo que trae a toda su familia en el viaje, pues ellos también son «socios». Su esposa es la tesorera y su hija es algo así como una «propagadora de la palabra científica». Además, la esposa lleva colgado a su bebé con unas correas que tienen el logo de la sociedad. Y sí, el bebé también es socio. Es tan familiar este viaje. Pero algunos viajamos solos.

El hombre mayor está sentado junto al presidente. No se hablan. Parece ajeno a todo lo que este cuenta en torno a la sociedad, sus logros y los nuevos socios que han logrado captar. Él no es parte de la sociedad, al igual que yo.

Llegamos a Ovalle, en la cuarta región de Chile. Aunque aún no anochece, la temperatura ya es baja, muy distinto de lo que me imaginaba. Una asocia el norte a lo seco, árido y caluroso. A veces los libros se equivocan tal como quienes dan el tiempo en la televisión. La sociedad (específicamente el hombre gordo y su familia) se consiguió alojamiento en un internado de la zona. Es un sitio sencillo, a primera vista acogedor, encajonado por cerros cercanos y distantes que crean la ilusión de que estamos escondidos. Y eso puede ser cierto.

Entramos en el casino del colegio. Unos voluntarios de la sociedad nos ordenan por grupos y nos hacen sentarnos frente a unas mesas largas. El hombre mayor permanece de pie. Parece perdido, como si el hecho que deba sentarse junto a otras personas le incomodara. El gordo le guía hasta su grupo, o sea, su familia. Distingo a la distancia su malestar, por lo que me levanto presta de mi asiento y alzo la mano. «Venga con nosotros», le digo. Tanto él como el presidente parecen sorprendidos. El hombre mayor se acerca sonriendo. Es delgado, alto, su pelo cano se entrecruza con cabellos grises que le dan un aire de placidez. Me da las gracias. Le pregunto su nombre. «José Luis. ¿Cuál es el tuyo?» «Camila», contesto. De inmediato los demás integrantes, ya que ni José Luis ni yo les preguntamos,

se presentan. Cada uno dice cuál es su ocupación: conservadora en el Museo de Historia Natural, profesor de ciencias, Licenciada en Biología, etc. José Luis no dice nada. La señora Rosa, la conservadora, le pregunta sobre qué hace por la vida. «Respiro», dice José Luis. Todos reímos. Pero yo sé que él lo dice en serio.

El gordo ha estado hablando por varios minutos acerca de la finalidad y los objetivos de su sociedad. Está claro que busca nuevos adeptos. Los voluntarios de la sociedad, en su mayoría jóvenes con miradas tímidas y apocadas, incluyendo al físico, le escuchan casi en éxtasis. Yo quiero que vaya al grano, que nombre pronto los sitios que vamos visitar. José Luis, al igual que yo, no pone mucha atención. Es más, toma una de las servilletas que hay sobre la mesa y empieza a hacer un origami. Se toma su tiempo. Dobla las esquinas con delicadeza, toma cada punta de forma sutil para luego depositar su creación al medio de la mesa, sobre el azucarero. Me saca una sonrisa. Las personas de mi grupo me observan con cierta molestia. El gordo parece notar mi falta de atención y se acerca a nuestra mesa. «¿Alguna duda?», pregunta. «Ninguna», contesto. «Sí, yo tengo una», dice doña Rosa, quien me dirige una mirada de desaprobación como si mi respuesta hubiese sido una forma de apropiarme de la vocería del grupo. «¿Hay duchas?», pregunta. ¡Perfecto! Venimos a conocer más sobre la naturaleza y lo primero que pregunta es sobre si hay duchas. José Luis se ríe de forma silenciosa. El presidente dice que hay duchas y hay gas, pero cada uno se costea su propia comida. Un fuerte viento azota las ventanas. Nos damos vuelta a observar. Las hojas de los árboles en el patio se mueven, saludándonos. El origami cae del azucarero, pero José Luis no se inmuta en levantarlo. Lo quiero hacer yo. Estiro mi mano. Sin embargo, él me detiene. «Déjalo», dice, «ya se estropeó». Mientras, el gordo nos habla sobre la distribución de las camas. Los hombres dormirán en una casa y las mujeres en otra.

Las casas-dormitorios se componen de amplias duchas y un gran corredor en donde están los camarotes. Estos dan hacia unas ventanas por las cuales podemos ver el casino y las salas de clases. Por suerte no me tocó dormir en el mismo camarote con la señora Rosa. Me ha tocado con una amiga de la hija del presidente. Le gusta la pintura. Tiene un cuaderno donde ha dibujado fósiles y retratos. En uno de estos últimos dibujó a los que íbamos en el bus. Yo no estoy ahí. Salgo afuera. Estiro las piernas en el patio, alrededor de la cancha de cemento que separa la casa de los hombres de la nuestra. José Luis está en una esquina, al lado de unos arbustos. Mira los cerros. El viento mece sus cabellos alborotándolos. Pero eso no le molesta. Camino fingiendo que voy hacia el casino pero termino colocándome

a su lado. Me da una mirada agradable como si siempre hubiese esperado que me pusiese ahí, en ese mismo punto.

—Está fuerte el viento —dice.

—Sí —contesto—, es un poco diferente a como se supone debiese ser.

—Siempre es así —responde—. No sé a qué se refiere. Miro sus ojos. Busco algún rastro de ironía. Pero no. Siempre conserva la circunspección. Pero eso no me aburre.

—Usted no pertenece a la sociedad, ¿cierto? —pregunto con la tranquilidad de saber que estoy tocando un tema lógico. Sonríe. Ríe.

—Me llamo José Luis.

—Lo sé —digo.

—Entonces no me trates de “usted”.

—Ah, disculpe —luego de unos segundos me corrijo—, o sea, disculpa. —Sé que estoy viejo —dice—, y bastante, pero, si te das cuenta, el planeta tiene millones de años y ¡mira!, a mí me parece muy joven.

Levanta un brazo y apunta hacia los cerros. Quizás para él estos son los marcadores de la edad de la Tierra. Después de todo son plegamientos, son masas que han salido del interior del planeta para erguirse ante la vida.

—No —me dice de pronto, sacándome de mis ideas—, no pertenezco a esta sociedad. Pero pinta bien. Aunque dudo que pueda unirme a ellos.

El viento vuelve a revolver sus cabellos. Mi pelo también es víctima del jugueteo del aire en su loco pasar.

—¿Y tú? —pregunta.

—No, tampoco estoy inscrita. No sé si lo haga, son un poco raros —respondo al tiempo que le indico con la cabeza al gordo quien juega con su hijo a que es un dinosaurio y se lo va a comer.

—Tal parece que ni a ti ni a mí nos convence mucho esta sociedad pero aquí estamos, dispuestos a aprender algo nuevo —me dice con su sonrisa amplia y amigable.

Me pregunto cuántos años tendrá. Es solo curiosidad. En realidad da lo mismo. Detrás nuestro, aparece el físico.

—Disculpen —dice apenas mirando a José Luis—, quiero mostrarte algo.

No quiero ir con él, pero José Luis me hace un gesto para que acompañe a este insistente. Entonces lo dejo solo. O quizás no tan solo, pues ahí queda él y el viento, él y el paisaje que pinta en su mente quién sabe qué pensamientos. Y yo avanzo con el físico que me habla mucho. Pero mi mente no está con sus palabras. También viaja en el viento que se derrama sobre aquellos cabellos grises.

Dejamos por unas horas nuestro refugio y volvemos al bus que nos llevará hasta Fray Jorge, siempre en el sector de Ovalle. José Luis toma asiento un poco más atrás, en línea recta hacia mí. Sin embargo, muy a mi pesar, el físico de nuevo se sienta a mi lado. ¿De verdad cree que me interesaré en él? ¿Cuál es la manía de tanta desesperación? Él es joven. Todavía puede encontrar a alguien. Yo también soy joven. Aún.

¡Por fin hemos llegado! El viaje estuvo bien, pero al gordo, en un intento por mantenernos despiertos, se le ocurrió jugar con una pelota. La lanzaba a cualquier persona y esta, a su vez, se la debía tirar a otra. A mi me llegó un buen pelotazo. Con rabia se la envié al gordo pero le llegó a la señora Rosa. Me hice la tonta y fingí como que disfrutaba del paisaje pedregoso. Luego, alguien le lanzó el balón a José Luis. Con tranquilidad lo abrazó y se quedó con este hasta que terminó el viaje.

Fray Jorge nos recibe con una montaña llena de vida, la cual tiene quinientos metros hasta su cima. Los voluntarios de la sociedad suben trotando. Miran hacia atrás como queriendo ver en nuestros rostros admiración por su osadía. Resulta es al contrario: es idiota gastar las energías así a la hora de subir, sobre todo cuando se sabe que el esfuerzo se va haciendo mayor por cuanto la montaña se empina más. José Luis, siempre solo, sube apuntalado por un bastón de colihue. No quiero interrumpirle. Quizás este viaje significa para él un instante de ensimismamiento. Pero deseo compartir con alguien este momento que, más tarde, se convertirá en un recuerdo. Quizás, lleno de nostalgia. Me acerco y camino a su lado, sin decir nada. Después de un rato, él se detiene. Su respiración es rápida, dificultosa. Se lleva una mano al pecho.

—¿Pasa algo? —le pregunto.

Él sonríe, como ya ha hecho en otras oportunidades.

—No —contesta—, solo estoy cansado.

Miro hacia abajo: no llevamos tanto. Pero, claro, él es mayor y me imagino que debe costarle avanzar.

—Voy a ir un poco más lento —me dice—, si quieres avanzar a tu ritmo, hazlo.

—No —respondo—, no te dejaré solo.

Ríe.

—La soledad es buena —dice.

—¿Por qué? —pregunto, curiosa.

—Porque te permite pensar.

—¿Pensar en qué? —vuelvo a preguntar. Con él me siento una niña que necesita entender el mundo. Volver a aprender las cosas. O desaprenderlas. Y me gusta eso. José Luis, paso a paso, observa la vegetación que nos rodea como si quisiera devorarla con sus ojos y digerir cada partícula exterior para internalizarla en sus recuerdos.

—Pensar que aún estoy vivo —dice.

Entonces se detiene. Aceza. Se lleva una mano a la frente y seca su sudor. Es mayor, se apoya en un bastón, habla un tanto triste pero aun así me parece más interesante que los demás de la sociedad. De pronto, veo pasar rumbo hacia la cima un vehículo que lleva a los más viejos para que no tengan que caminar.

—¿Por qué no subiste ahí? —le pregunto.

—No quiero morir en vida —contesta. Luego, me indica las nubes. Estas rozan las montañas trayendo humedad a la zona, creando así un bosque. Un oasis en medio de la aridez nortina.

—Es como una isla —le digo.

—Una isla —repite él.

—Somos náufragos —digo.

—Náufragos —repite.

—Pero los náufragos siempre quieren volver a la civilización —le digo—, pero yo no.

José Luis avanza lento, con la mano aferrada al colihue. El viento serpentea entre la hierba, mueve las piedrecillas del camino y hace bailar, una vez más, sus cabellos. El sol está inundado por las nubes y yo cierro los ojos arrobada.

—Yo tampoco —dice él, hablando despacio, de seguro consigo mismo.

Al llegar arriba, José Luis se detiene, me pasa su bastón y luego se inclina apoyando las manos en sus rodillas. Al ver mi preocupación, me pide calma. Después de un rato se repone.

—Lo hice —declara observando hacia abajo—. Incluso llegamos antes que otras personas.

Caminamos admirados por la soberbia del horizonte y por el repentino cambio del clima. Algunas gotitas aparecen en nuestras ropas.

—Un cambio radical —comento.

—Parece como si hubiésemos descubierto el corazón de Ovalle —me dice. Yo sonrío. Se acerca hasta una planta y acaricia sus flores. —Es un azulillo— dice. Me pide que las toque. Con emoción descubro un bichito coleóptero. Saco mi cámara fotográfica, pero el bichito se va. Vuela.

—Y tú, ¿no vas a fotografiar o grabar algo? —le pregunto. Alrededor nuestro llegan más personas con cámaras y celulares. Él las observa y mueve la cabeza de forma negativa.

—Tengo ojos —dice—, aún puedo ver.

Como si de pronto la humedad le molestara, me abraza. Tiembla un poco.

—¿Frió? —le pregunto.

—Ya se acostumbrará mi cuerpo —dice—, ya se acostumbrará.

Todo el grupo se junta frente a la entrada del bosque Fray Jorge. Una guía de Conaf nos da la bienvenida y nos explica la historia del sitio.

—Este lugar se formó a finales del cretácico —dice ella—, hace más de treinta millones de años.

—Sesenta y cinco millones querrá decir —la corrige el gordo, de brazos cruzados, amparado en su familia como si esta fuese una especie de mafia científicista. La guía se sonroja, pide disculpas y retoma el hilo de su explicación. El gordo observa orgulloso. José Luis, en tanto, me dirige una mirada extraña, triste. Pero no sé qué es lo que causa su tristeza.

Antes de entrar al bosque propiamente tal, la guía nos dirige por la ladera de la montaña en la que este se asienta. La vista es maravillosa. Todos sacan fotografías o graban con el celular. Yo tomo mi cámara pero me arrepiento. Observo, respiro, me conecto. De pronto, mi cuerpo es poseído por un escalofrío, un espasmo: José Luis ha puesto su brazo rodeando mis hombros. Le miro con afecto. Él admira el paisaje. Cierra los ojos. Cuando los abre se topa con mi mirada. Sonreímos.

La guía nos habla de la flora que se encuentra en la ladera. El gordo sigue corrigiéndola o haciendo acotaciones de índole paleobiológica. El físico intenta acercarse a mí pero, al ver que estoy junto a José Luis, se nota inseguro.

—¡Mira! —exclama de pronto José Luis—. ¿Ves esa planta de ahí? ¿La puntiaguda?

—Sí, la veo.

—¿Notas que a su lado hay una planta quemada?

José Luis tiene razón, la planta es solo un conjunto carbonizado.

—Existe una historia —dice él—. Te la contaré: esta planta se llama puya o chahual. Cuando se siente vieja, inservible y que ya ha cumplido su función, se combustiona. Se incinera. Entonces queda hecha cenizas. Sin embargo, es a través de esa misma muerte que puede nacer una nueva puya. Uno de los brotes quemados se entierra y de él aparece una nueva planta, hermosa y sana. Llena de vida.

José Luis se emociona. Veo sus ojos bañados por una pátina transparente. Y tiene razón: al lado de la planta quemada se levanta un chahual hermoso, florido, como si él fuese la reencarnación del anterior.

—¡Eso es mentira! —exclama el físico a nuestro lado—. Sucede que la *Puya chilensis* tiene componentes de fácil combustión, por ello el sol o las llamas producidas por el ser humano la hacen quemarse de esta forma tan contundente. Lo otro es solo superstición, imagería barata.

Observo al físico, sorprendida. José Luis ríe. Mi molestia de a poco también se convierte en risa. El físico se siente incómodo y prefiere retirarse e irse junto al grupo del gordo, quien no deja tranquila a la guía. José Luis vuelve a apoyarse en mí. Siento su mano sobre mi hombro, apretándolo con suavidad como si quisiera que yo lo sujete para que el viento no se lo lleve tal como se está llevando las cenizas del chahual.

El bosque es sublime. Tiene una oscuridad que tranquiliza. El canto de las aves se mezcla con ruidos misteriosos. Luego de la caminata, traspasamos un pequeño puente de madera y encontramos un mirador que da a la costa. Entre nubes, puede divisarse de pronto el mar en su majestuosidad. El gordo nos pide juntarnos para sacar una foto al grupo o a quienes quepan en el mirador. José Luis y yo nos rezagamos. Luego, la chica que dibuja me toca un hombro.

—¿Te saco una foto? —pregunta. Después, la vuelve a formular pero de manera más amplia—: ¿Quieren que les saque una foto?

Quizás le dio pena vernos fuera de la fotografía grupal. Con José Luis nos miramos cómplices.

—Bueno —digo yo.

—Por mí no hay problema —dice él.

Nos apoyamos en la barrera de madera. La chica aprieta el disparador y la foto sale de forma inmediata. Nos la entrega y luego se interna en el bosque donde se sienta en un tronco y dibuja un enorme árbol. Nos quedamos en el mirador.

—¿La quieres? —le pregunto alargándole la fotografía.

—No —dice—, guárdala tú, contigo tendrá más aventuras.

Frunzo el ceño. Entonces me pierdo en la costa. La imagen es antediluviana, prehistórica. Me siento inflada de la emoción. José Luis se cruza de brazos. Vuelve a sentir frío. Tose.

—¿De verdad te sientes bien? —le pregunto.

—¿Bien? Jamás me había sentido tan vivo.

Entonces toma el bastón de colihue y lo lanza al acantilado.

Es la tercera noche de nuestra estadía en el internado. Está helado, pero la noche, iluminada por una multitud de estrellas, nos invita a estar en el patio. La chica de los dibujos está sentada sobre un bloque de cemento junto a dos amigos con los que no he cruzado palabras con anterioridad. Me llama. Me acerco hasta ellos.

—¿Quieres? —me dice ella. Tiene papelillos de marihuana y un pack de cervezas. Me río. Siento que he vuelto a mi adolescencia. Me volteo hacia los lados buscando a José Luis. No le veo. La mayoría de las personas está en el casino cantando. El gordo toca canciones antiguas y folclóricas. Todos le siguen el canto. Se escuchan risas y voces chillonas.

—¿Y tu amigo? —me pregunta la chica. La observo con curiosidad. Hay en sus ojos un brillo de suspicacia.

—No lo sé —le contesto. Me pasa un papelillo y fumo. Toso. Siento otra tos. Es José Luis. Como sospechaba, no estaba en el casino. Viene de los dormitorios. Se acerca con su acostumbrado paso lento. Al verme con el grupo de jóvenes siente cierta incomodidad y pasa de largo, como si no nos viese. Pero lo llamo.

—¡José Luis! —grito y él se ve en la obligación de acercarse.

—¿Quiere? —pregunta uno de los jóvenes acercándole una cerveza. Al principio duda pero luego acepta. Estamos un buen rato así, fumando, bebiendo y comentando lo hermoso de los lugares que hemos visitado. Alguien, al parecer el físico, camuflado por la noche, sale de los dormitorios tambaleándose. Entra a la cancha y se pone a cantar. Alguien le grita algo desde los dormitorios y él lanza un garabato.

—Ya está borracho ese —dice la chica de los dibujos. Los jóvenes miran la hora. Es la una de la mañana. Los tres se despiden de nosotros pero no van hacia sus respectivos dormitorios. Avanzan hacia la salida.

—Los jóvenes son osados —dice José Luis.

—Lo son —respondo. Arriba, un satélite cruza y describe una vuelta. No hay fotografía que pueda captar el sentimiento de este momento.

—José Luis —le digo—, lo he pasado muy bien.

Las risas aumentan, el gordo farfulla una canción ininteligible, el físico vuelve a gritar.

—Yo también —dice. Afuera, en la soledad de la calle pedregosa, en el misterio que encierran las montañas, me parece escuchar algo. El canto de un ave, el chillido de algún animal, no lo sé. Entonces lo abrazo. Al principio no sabe qué hacer, pero luego me brinda unas palmadas en la espalda que de a poco se convierten en un abrazo cálido y entrañable. Tose. Percibo que tiembla, ¿por el frío? Intuyo su incomodidad, ¿por la gente?, ¿por mí?

—Camila —me dice. Su voz también tiembla. Se escucha fragmentada, herida, trizada por algo inexplicable—. Camila —repite y me gustaría que mi nombre quedase ahí dando vueltas una y otra vez en la rueda inextinguible del tiempo—. Camila, mañana me voy.

Lo abrazo aún más fuerte.

—¿Por qué? —pregunto. Mientras más me aferro a él, más parece que se me disuelve con la noche.

—Porque no me siento bien —dice.

Advierto una gota tibia resbalar por mi cuello.

—Me queda poco —agrega.

—No quiero saber nada más —le digo—, solo abrázame.

Él me hace caso. Y nos quedamos así no sé por cuánto tiempo. Cuando el frío, la noche y la vida nos obligan a separarnos, yo regreso hasta él. Tomo su mano y lo guío hacia el dormitorio de mujeres. Aún están todos en el casino. Es la oportunidad. Él se detiene. Sus ojos lucen todavía más tristes. ¿O es el reflejo de la luna? Camina conmigo pero le sobreviene una fuerte tos. El frío. Los temblores.

—Lo siento —me dice y vuelve a su dormitorio. Le observo con nostalgia. Él se da vuelta y levantando la mano se despide.

Al día siguiente, el bus toma rumbo a Punta de Choros donde visitaremos Isla Damas. «Se tuvo que ir», escucho que le dice el gordo a su esposa, «parece que estaba enfermo; pero da lo mismo, no era de la sociedad». Yo, en tanto, estoy apegada a la ventana. Esta vez no hay nadie a mi lado. El físico se cambió adelante, junto al gordo. Cuando el bus parte, hecho mano a mi bolsillo y saco la fotografía del mirador. Y me pregunto por cuánto tiempo más me acompañará.



Séptimo lugar
Esa mirada inolvidable
CHRISTIAN LISBOA ARAVENA

Christian Lisboa Aravena (San Fernando, 1954). Es chileno y vive en Santiago. Ingeniero electrónico de profesión, trabaja en el área de instrumentación química, tanto en control de calidad y medioambiente como en investigación. Escribe desde que era estudiante de enseñanza media. Algunos de sus cuentos han sido publicados en libros, diarios y revistas, en Chile y en Argentina, desde el año 1991.

13 de abril de 1957, 08:12 A.M.

Ramiro Gómez, chofer de correos, abordó el bus Tropezón en calle Mapocho, a dos cuadras del Mercado Central, y pagó a regañadientes los veinticinco pesos por la tarifa reajustada, impuesta a pesar de las violentas protestas de la semana anterior.

Ocho minutos y catorce cuadras más adelante, un extraño microbús sin trompa, cuyos costados estaban pintados hasta el último centímetro cuadrado con propaganda colorida, embistió al vehículo que lo transportaba y pasó en sentido contrario, sin tocarlo, en una estrecha calzada de poco más de cuatro metros de ancho. Ramiro, maravillado, miraba los carteles pintados, los que parecían fotografías en movimiento, por lo que no sufrió la conmoción que afectó a los demás pasajeros cuando los vehículos se traspasaron. Cada átomo se desplazó en la distancia ínfima de dos punto tres nanómetros para dar paso a los de la otra máquina y sus ocupantes. Los colores “vibraron” cambiando su tonalidad por un instante. El extraño vehículo desapareció, produciendo, tras él, una tremenda succión por vacío.

13 de abril de 2002

Ramiro, quien se encontraba en la pisadera del microbús a la espera de bajar en la siguiente bocacalle, fue arrastrado por la succión y cayó en la calzada de adoquines, los que de pronto parecieron revestirse de una suave capa negra (un compuesto de alquitrán). De todos modos, el golpe en la cabeza le hizo perder el conocimiento, por lo que no pudo advertir los grandes cambios en su entorno. Despertó en la sección de neurología de un hospital, rodeado por médicos y enfermeras. No recordaba su nombre, su dirección ni su ocupación. Luego de hacerle varios exámenes clínicos y pruebas psiquiátricas, le dijeron que recuperaría lentamente su memoria y lo olvidaron por unos días.

Después de una semana sus heridas ya habían sanado y, como el hospital estaba bajo de presupuesto, lo único que querían los administrativos era deshacerse

de él. La policía no encontró rastros de su procedencia. Ramiro no tenía en sus bolsillos papeles, ni teléfono celular, ni tarjetas. Solo un par de llaves muy usadas. Sus huellas dactilares no estaban registradas, su descripción no coincidía con la de ninguna de las personas reportadas como desaparecidas durante el año en el país. Su ropa era anticuada y no tenía las características etiquetas chinas, lo que indicaba que podría haber sido comprada en alguna tienda de vestuarios usados procedentes de Europa o Estados Unidos. Se le destinó a un albergue mantenido por el municipio mientras asistía a sesiones de terapia y se le asignaron algunos trabajos sencillos de aseo y ornato en la comuna.

Cuatro meses después, Ramiro recordó vagamente que sabía conducir. Le pusieron a prueba y demostró sus cualidades notablemente, por lo cual, luego de aprender los reglamentos del tránsito, aprobó el examen y se convirtió en un flamante chofer municipal. Ya tenía un trabajo y un sueldo mensual, pero no tenía nombre ni familia. Como no podía estar permanentemente indocumentado, el Registro Civil le dio a elegir entre cien nombres comunes y le asignó dos apellidos. Desde entonces pasó a llamarse Ramiro Rivas Rivas. Su cabello entrecano, las nacientes arrugas en las comisuras de sus labios y en el entrecejo revelaban una edad “media” —unos cuarenta y cinco años—, así fue que pusieron en su documento de identidad el año 1957 como el de su nacimiento. La fecha le hacía gracia, aunque no sabía por qué. Los psiquiatras le dijeron que muchas cosas de la vida cotidiana le parecerían extrañas mientras su memoria estuviese en recuperación, pero que esto no afectaría gravemente su adaptación a la realidad. Y así ocurrió, o al menos así le parecía mientras cumplía la rutina diaria de encargos y mantenimiento del vehículo que le fue asignado. Sin embargo, en las noches comenzó a experimentar una doble vida. En sueños, Ramiro vivía en una ciudad similar a la que habitaba durante el día, pero todo parecía ambientado en una película antigua. Los edificios eran más pequeños; los automóviles, grandes y pesados, transitaban por calles estrechas y emitían grandes cantidades de humo negro. Mucha gente fumaba en público, en el interior de restaurantes y oficinas. Los vestidos de las mujeres eran más largos y ajustados, el promedio de los hombres vestía formalmente. A veces, Ramiro despertaba en medio del sueño y recordaba, angustiado, las confusas imágenes. Regresó al psiquiatra, quien le dijo que lo que le ocurría estaba dentro de lo esperado, pues había sufrido un gran traumatismo y había perdido gran parte de su memoria de largo plazo. Le explicó que solo cuando su sinapsis estuviese reparada, comenzaría a recordar normalmente. Mientras tanto, en su mente se mezclarían la realidad con la fantasía, conformando los recuerdos que le permitirían situarse en el quehacer cotidiano y adaptarse a su nueva identidad. Se le dijo que

su mente “construía” los recuerdos que le faltaban, de cuarenta y tantos años de vida. Debería informarse de lo que había ocurrido en el país y en el mundo durante los últimos años, mediante la lectura y contemplación de películas costumbristas, pues así estimularía su memoria asociativa.

Pasaron varios meses más. Ramiro se acostumbró a vivir con el desfase entre su vida diurna y sus sueños, en los que ocurrían hechos situados en un mundo de cincuenta años antes, en donde se encontraba unas veces con una mujer llamada Fernanda que decía ser su exesposa, otras con una novia llamada Florencia, además de amistades y compañeros de trabajo que no eran los de su entorno actual. Todos ellos desaparecían cuando él despertaba dejándole una sensación de vacío terrible, pues lo ocurrido durante el sueño era tan vívido como el recuerdo de lo pasado el día anterior. Lo primero que hacía cada mañana al levantarse era abrir y cerrar la cortina. El gran edificio que estaba enfrente, los carteles luminosos, algún vehículo silencioso que pasaba, le recordaban que era un chofer de cuarenta y cinco años, que corría el año dos mil dos y que su memoria no estaba aún recuperada. Y que era posible que nunca lo recordase todo. Le costaba aceptar hechos como el que su país había pasado por largos años bajo un cruel régimen militar y que era probable que alguno de sus parientes pudo ser detenido y asesinado, inclusive él mismo pudo haber sido encarcelado y torturado, habiendo sobrevivido con la pérdida de su memoria. Esto explicaría en parte su trauma y el no haber encontrado rastros de su identidad, ya que fue una práctica recurrente de los servicios secretos en tiempos de dictadura el borrar los registros de los detenidos desaparecidos. Pero nada recordaba de esos tiempos. Cada vez que en los periódicos encontraba artículos sobre el período, no tan lejano, de lo ocurrido en Chile en mil novecientos setenta y tres, se quedaba durante varios segundos moviendo la cabeza, incrédulo. Le parecía inconcebible no recordar el bombardeo al palacio de gobierno, los toques de queda, ni aun el nombre del general Pinochet, aunque buena parte de su adolescencia debió pasarla escuchando hablar de él y no de Carlos Ibáñez del Campo, quien sí le venía a la mente al escuchar la palabra dictadura.

Tampoco le resultaban conocidas las canciones que sonaban todo el tiempo en las radios. No le eran familiares las melodías ochenteras. Madonna, Elton John y Bob Marley le eran extraños. Ni tan siquiera recordaba las melodías de Los Beatles, lo que sorprendía a sus compañeros de trabajo. A Lucybell, a Los Tres y a Los Prisioneros los identificaba solo porque los escuchaba frecuentemente en las emisoras locales. Sin embargo, se sorprendía frecuentemente tarareando algunos temas de Charles Aznavour, también de Lucho Gatica. En la radio de su habitación

sintonizaba programas de «música del recuerdo», pues disfrutaba las canciones de Frank Sinatra, Edith Piaf y Elvis Presley, entre muchos otros cantantes anteriores a mil novecientos sesenta.

1957, después del 13 de abril

La familia de Ramiro Gómez lo buscó por varios meses en la capital. Se sospechó de un suicidio. Su novia, Florencia, culpó a la exesposa de una depresión endógena que sufría su pareja, la que nunca fue tratada. El día en que Ramiro desapareció, el chofer y varios de los pasajeros que viajaban en el bus que él abordaba frecuentemente relataron que estuvieron a punto de chocar al ser embestidos por un extraño ómnibus sin trompa, el que luego desapareció sin dejar rastro. Lo más llamativo de los comentarios de los pasajeros fue su alusión a los colores de la máquina que estuvo a punto de impactarlos, pues estos “vibraban”, cambiando levemente su tonalidad durante unos pocos segundos. Al ser interrogados, ninguno de estos pasajeros recordaba haber visto a Ramiro.

Después de la desaparición de su novio, Florencia dejó de ser la alegre chica que hacía bromas frecuentemente. Se refugió en su trabajo, en la lectura y en el cine. Estudió la carrera de Asistente Social y se tituló con distinción. Aunque no fue una participante activa en política, ella fue impactada emocionalmente por los continuos atropellos a los derechos humanos en el período del golpe militar de mil novecientos setenta y tres, por lo que dedicó su vida a la atención de las víctimas de la persecución política y de sus familiares. Como profesional de servicio social, Florencia tuvo participación en organismos de Derechos Humanos, en las distintas agrupaciones que nacieron durante la dictadura de Augusto Pinochet. Cuando los familiares de los detenidos desaparecidos se organizaron como asociación, ella los acompañó.

Florencia tuvo varias parejas, mas no llegó a formar una familia. De alguna manera, en su mente, la extraña desaparición de Ramiro se unió a la de los cientos de perseguidos por los organismos represores, cuyas familias conoció muy de cerca. Su corazón estaba lleno de amor y dedicación por la gente que sufría. Cuando cumplió los sesenta años, miró hacia atrás y se dijo que su vida había sido una buena existencia, pues, aunque no tuvo el amor de un compañero para compartir sus alegrías y pesares formando un hogar, la gran cantidad de personas que la querían reemplazaba con creces a una familia tradicional. Además, la hija de su hermana

Flora, llamada Alejandra, estuvo muy cerca de ella desde que era muy pequeña, llegando a ser como la hija que no tuvo. Fue Alejandra quien la acompañaba cuando un accidente vascular la dejó con una hemiplejía por varios días, debido a lo cual debió usar una silla de ruedas de la que pudo levantarse recién después de tres semanas. Sin embargo, el evento afectó su sistema nervioso, por lo que muchas veces debió recurrir a la silla de propulsión manual. Cuando necesitaba hacer trámites y compras, era Alejandra quien la transportaba y empujaba la silla por las calles del centro de Santiago.

Abril de 2003

Ramiro recorría frecuentemente las calles entre las distintas instituciones y reparticiones municipales de la capital. Fue en uno de estos viajes, después de cruzar la avenida Santa Rosa, que debió esperar el paso de una joven empujando una silla de ruedas, en la cual transportaba a una anciana. La mujer intentaba subir la silla a la vereda y le faltaban las fuerzas. Ramiro bajó de su vehículo y ayudó a la chica, quien le sonrió aliviada, musitando un «gracias» apenas audible. Sin embargo, él no la escuchaba, pues la mirada de ella lo perturbó tanto que jamás dejaría de recordar ese momento. No solo porque Florencia tenía los ojos más bellos que él hubiese visto, sino porque su mirada despertaba en él un recuerdo impreciso, algo que le advertía que la mujer no era una desconocida. Antes de regresar a su vehículo, miró de soslayo a la abuela y se quedó como petrificado: a pesar de las profundas huellas dejadas por el paso de los años, el rostro de la señora era muy similar al de la joven. Sus ojos, que no habían perdido el brillo, le miraron con una intensidad que le hizo estremecerse.

—Muchas gracias, joven —le dijo ella—. Es usted muy amable. ¿Cuál es su nombre?

—Por nada, señora —replicó él—. Mi nombre es Ramiro, para servirle.

En ese momento, la anciana entró en un estado de conmoción. Comenzó a temblar, agitando la cabeza y musitando incoherencias. La chica que la acompañaba intervino, mientras conducía la silla hacia la entrada del edificio.

—No se preocupe, señor —le dijo a Ramiro—. Esto ya le ha ocurrido antes. Gracias de nuevo.

Ramiro montó en el furgón y se alejó, aún impactado.

Pasaron dos meses. Cada vez que podía se esforzaba por pasar frente al edificio. En algunas oportunidades divisó a la mujer, caminando de prisa. Solo en dos de esas ocasiones iba empujando la silla de ruedas. Ni ella ni la abuela parecieron verle. Él no encontró una excusa ni tuvo el aplomo para hablarle.

La última vez que la vio, un frío día de julio, ella se sintió observada y miró hacia la camioneta, pero no hizo ningún gesto. Iba sola y apurada. Él continuó su camino, aunque ansiaba detenerse. Al llegar a la oficina se enteró de los despidos. El sindicato se preparaba para iniciar un paro. Su jefe, preocupado por el estrés que podría afectar a Ramiro, pues conocía todo su historial médico desde el accidente, dispuso que tomase dos semanas de vacaciones en una quinta de reposo para funcionarios, en la ciudad de La Serena.

Ramiro viajó a la Cuarta Región, disfrutó de paseos y buenas comidas, conoció a personas simpáticas. Pero lo que más anhelaba era regresar a Santiago para ver esos ojos una vez más. Sus sueños aún continuaban poblados de las imágenes de antaño, pero se había agregado algo nuevo: la mirada de su novia era igual a la de la chica con la silla de ruedas. Aunque la lógica le decía que era su mente la que mezclaba la imagen de la joven con la de sus sueños recurrentes, lo único que deseaba era verla y encontrar una explicación a sus dudas. Y luego armarse de valor para invitarla a salir.

Terminadas las vacaciones, Ramiro estaba impaciente por ver a la mujer, pero ni siquiera había atinado a preguntarle su nombre. En cada viaje con la camioneta del servicio buscaba rutas que le obligasen a pasar enfrente del edificio en donde la vio por última vez. Pero ella ya no estaba.

Transcurrió un mes más.

Un día, después de haber tenido un sueño muy perturbador (en el cual ocurría una relación erótica con la chica), se armó de valor y estacionó frente al edificio durante su horario de almuerzo. En la recepción preguntó por ella y por la anciana en silla de ruedas.

El conserje le dijo:

—Aquí viene entrando la señorita Alejandra —le dijo el conserje—, hable con ella.

—Buenos días, señorita... Alejandra —dijo él, tímidamente.

—Buenos días, señor... ¡pero si es usted el amable chofer!

—¿Me recuerda usted? —dijo Ramiro, notoriamente complacido.

—Claro que sí —dijo Alejandra—. Usted bajó de su vehículo para ayudarme, hace tres meses. No hay muchas personas tan atentas como usted.

—¿Cómo está su abuela? —preguntó él—. Usted iba con ella todo el tiempo.

Alejandra bajó los ojos con tristeza.

—Mi tía ya no está con nosotros —le dijo casi llorando.

—Disculpe usted. No imaginé que eso podría haber ocurrido. Le ofrezco mis condolencias.

—Justamente hoy se cumple un mes desde su fallecimiento. Voy al Cementerio Metropolitano a llevarle flores. ¿Quisiera acompañarme?

—Sería un gran honor. Dispongo de un poco de tiempo antes de regresar al trabajo.

—Vamos, entonces. Estas flores son para ella.

Recién entonces notó Ramiro el pequeño ramo que la chica llevaba en las manos, tan impresionado estaba con la presencia de Alejandra. Subieron al furgón y recorrieron la distancia que les separaba del cementerio conversando trivialidades. Al llegar, Alejandra descendió y se dirigió hacia la entrada. Mientras estacionaba el vehículo, Ramiro comenzó a experimentar una creciente agitación, la que atribuyó a la extraña aventura que estaba protagonizando, al estar acompañando a la mujer con la que estuvo obsesionado durante los últimos tres meses y con la que soñaba casi todas las noches. Aunque la razón le decía que el gesto de ella al invitarlo era solo un modo de agradecer su ayuda y hasta un calculado intento de aprovechar el transporte, su corazón latía rápidamente y se sentía nervioso pero al mismo tiempo feliz, más de lo que recordaba haber estado durante todo el año que había pasado desde el accidente. Se reunió con Alejandra en la entrada del camposanto y caminaron juntos por las avenidas hasta llegar a una tumba muy sobria, con unas pocas flores secas. Ramiro recordó, entonces, que no había preguntado a Alejandra el nombre de su tía. Leyó la lápida. En ese preciso momento ocurrió: comenzó a temblar con terribles convulsiones y se abrazó a la lápida, llorando y diciendo incoherencias. Alejandra no comprendía qué podía haber gatillado esa reacción, tampoco lo comprendieron los colegas de Ramiro ni su jefe, al que ella llamó por teléfono. En la lápida, la inscripción decía: «Florencia López Martínez, 1926 – 2003»

Epílogo: 13 de abril de 2002, 08:12' y segundos siguientes.

Una gran nave espacial, construida con la estructura de una red parecida a una gigantesca telaraña, extendida en el espacio con un diámetro total de unos noventa y nueve mil kilómetros, ocupado por unos pocos viajeros alojados en pequeños módulos afianzados en los cruces de los hilos magnéticos de la malla, avanzaba a una velocidad cercana a la de la luz, en su camino desde el sistema de Orión hacia el centro de la Vía Láctea. Sus conductores estuvieron discutiendo acaloradamente durante un rato, pues la maniobra errada de uno de ellos les sumió en un vórtice de tiempo durante cuatro punto cinco segundos (el equivalente a cuarenta y cinco rotaciones solares en el tercer orbital de un sistema planetario no perteneciente a la Confederación Galáctica). El paso de uno de los hilos del entramado magnético por el centro de ese sistema causó una distorsión temporal, aparentemente sin intercambio de masa. Sin embargo, hubo consecuencias: un vehículo ocupado por habitantes del tercer planeta, de unas doce toneladas de peso, abandonó su espacio normal por el lapso de cuatro punto cinco segundos, recorriendo cuarenta y ocho metros en una variable de tiempo desplazada en cuarenta y cinco años exactos del sistema de referencia de ese planeta. La desaparición de un individuo (un hombre) succionado por la masa de ese vehículo y su aparición instantánea en otro espacio tiempo, no fue registrada por los ocupantes de la "nave-red". El director-controlador de la nave le dijo al conductor-regulador: «Debes tener más cuidado».



Octavo lugar
Una mujer gigante
MARÍA JOSÉ BILBAO GUAJARDO

María José Bilbao (Santiago, 1985). Es licenciada en Literatura de la Universidad Diego Portales. Ha obtenido mención honrosa en Concurso Cuento Joven Nicomedes Guzmán, 2013; primer lugar del segundo Concurso de cuentos Policiales PDI «Cuando las letras son la evidencia», en 2014; y primer lugar del Premio Stella Corvalán, 2015.

Ha participado en talleres literarios con Alejandro Zambra, Mauricio Electoral y Juan Pablo González.

Actualmente se dedica a vivir intensamente, fracasar en casi todo lo que se propone y escribir su primer libro de cuentos.

Pensé que iba a morirme en el bus, en serio, creí que iba a morirme. Aguanté más de tres horas, pero a tres cuadras del terminal, lo de siempre: la piel transparente y mojada, los pies rígidos y adoloridos, un gemido áspero en la garganta a punto de rasgarme por dentro. Me habría bajado corriendo si no me hubiera demorado siglos en desenredar el cuerpo entumecido. Las rodillas las llevaba pegadas a la cara y los brazos cruzados detrás de la cabeza. No puedo viajar sino enroskada como una pitón: en mis videos no se nota, pero mido un metro ochenta y cuatro centímetros. No hay ningún bus, ninguno en este país de pigmeos, que me haga sentir un ser humano normal. Ninguno que me trate con amor, que con sus amplias instalaciones me diga: «Adelante, María Paz, siéntate y viaja dentro de mí, extiende las piernas, tú, gigante buena y querida, reina de los buses de este mundo». Nunca. Jamás en esta vida.

Mientras caminaba estirando bien las piernas me acordé por qué no puedo salir sola todavía. Porque me pongo a pensar que soy una estafa, me angustio y hasta la voz se me transforma. Me sale temblorosa y desbordada, como una llave rota disparando un chorro de agua turbia. Recién la cuarta persona a la que le pregunté en qué calle podía encontrar un taxi pudo entenderme. Los demás se alejaron creyendo que los estaba insultando. Por lo mismo, porque me di cuenta de que no estaba bien, me subí al taxi en silencio y le di al chofer un papel arrugado donde tenía anotada la dirección de AngelitaLila. No la dirección exacta, sino el radio de dos cuadras desde donde me escribía. Una de mis suscriptoras, a cambio de que le mandara un saludo en unos de mis videos, la rastreo por su IP. Ese cuadrante fue lo más preciso que pudo conseguirme.

Antes del hospital no había tenido oportunidad para pensar tanto. Y solo por eso no me había dado cuenta de que yo entera era una farsa. Ignoraba los comentarios negativos, los troleos inevitables, los escupitajos virtuales de AngelitaLila y de otros usuarios que a veces me atacaban sin razón. Ser *youtuber* de belleza significa siempre expeler buenas energías. Significa, además de grabar tutoriales de maquillaje, peinados y cuidados varios, entregar un mensaje positivo,

una chispa honesta que conecte con el público y enganche suscriptoras. Por eso prefería borrar los comentarios agresivos e ignorar las malas vibras. Pero no es fácil mantener la entereza cuando alguien te apuñala y se regocija en el charco de tus tripas. Antes no me importaba, pero todo cambia en el hospital. Ahí da para pensar muchas cosas. En la muerte, en la enfermedad, en la vida, en lo que aguanta un esqueleto forrado en carne blanda con pelos y diminutas marcas de sequedad en la epidermis, como en mi caso, que siempre he sufrido de piel extremadamente seca. Agradezco no haber tenido nunca que hospitalizarme y que mi visita solo haya durado un par de horas. La gente cree que una pasada por el hospital no va a dejarte nada, pero para alguien como yo, alguien que absorbe todo como un estropajo de cocina, significa un trastorno de vida. Ese rato visitando a la tía abuela de mi madre fue ir y volver de Irak sin una pierna. Pensé tantas cosas, viví millones de batallas psíquicas. Cambió todo lo que pensaba de mí misma.

Empecé a pensar que todo el mundo sabe quién soy: la estafa ambulante, la copia, la que graba un montón de mentiras. Empecé a inquietarme por culpa de AngelitaLila. Así hasta que una mañana desperté y decidí que tenía que rastrearla. Y cuando tuve su dirección aproximada, otro día desperté y me dije que tenía que ir a Talca y buscar su casa. No tenía nada en mente cuando me subí en el bus, tampoco un plan concreto cuando me bajé del taxi y me quedé estática, muda, de pie frente a un almacén en una ciudad que no conocía. Solo quería verla. Analizar, al fin, su cara: el color de su piel, la anchura de su nariz, el arco de sus cejas. Ver si alguna vez nos habíamos visto en alguna parte. Ponerle un rostro al ente que me torturaba todos los días.

Es el mínimo esfuerzo que podía hacer para cuajar el sinsentido en que se ha transformado lo nuestro estos últimos meses. Es poco pedir sabiendo que ella se ha dedicado a perturbarme sin descanso, a pesar de los mensajes conciliadores que han salido de mi parte. A dejarme comentarios purulentos, a tratarme siempre de lo peor. Primero me punzaba fijándose en mis defectos: que mi cara era demasiado asimétrica, que mis ojos parecían dos aceitunas podridas. Después, cuando comencé a hablar en mis videos, se reía de mis dientes chuecos. De la forma en que movía la boca al pronunciar la erre. Y luego fue que empezó a subir videos a su propio canal. Videos horribles donde distorsionaba los míos pausando o acelerando algunos gestos; agregándole imágenes y música para intensificar todo lo deforme que podía salir de mí.

Nunca había visto su cara, pero sabía que ella conocía muy bien la mía. Por eso me dediqué a caminar en círculos alrededor de las dos cuadras donde se escondía. Caminaba lento, arrastrando los pies sobre el asfalto húmedo. Las casas se distinguían todas entre sí: bajas, altas, torcidas, siguiendo diferentes inclinaciones de la tierra. Era primera vez que estaba en Talca, y primera vez que viajaba a alguna parte por una razón así. Para buscar a alguien que quizá ni siquiera existía. Algunas caras comenzaron a asomarse a medida que las piernas también se me cansaban. «¡Sal de tu escondite, maldita!» me daban ganas de gritar. Pero no habría sido buena idea. Tampoco era necesario. El sonido fatigoso de mis pasos retumbaba como un elefante arrastrando sus cadenas.

Si me la hubiera topado en ese momento, le habría dicho que era su culpa que en las noches yo no durmiera nada. Que lograra dormir apenas un par de horas recién por la mañana y que despertara ahogada, con la espalda chorreando un sudor ácido y caliente. Y que es su culpa que ya no sueño, porque las ideas para mis videos las sacaba de mis sueños, antes, cuando soñaba —cuando me acordaba de mis sueños, para ser más precisa—. Porque, seamos claras, no es que ya no sueño: es que ahora ya no me acuerdo de lo que sueño. No recuerdo nada de lo soñado, solo siento el estertor de su presencia: algo soñé, porque me toco la cara y estoy llorando. Algo soñé, porque tengo sed y me muero de la risa. Puede que no recordar lo que sueño también sea un síntoma de mi tragedia y, por lo tanto, también sea su culpa. Ya no puedo acordarme de nada porque nada es mío; porque ni siquiera lo que me aparece en sueños es mío; porque todo lo que creía propio eran recuerdos distorsionados de películas, historias, videos y fotos que vi alguna vez. No hay nada que pueda inventarse. Todo ya ha sido hecho. Lo único que hacemos es dibujar una y otra vez las mismas líneas.

De no haber sido por el hambre, me habría quedado a acechar las casas un rato más. Pero para una mujer de mi tamaño comer a sus horas es un asunto de gran importancia. Si no como me pongo idiota, me duele el estómago y me desmayo de dolor. Además, noté un par de ancianas regando inquietas sus antejardines. Cada vez que pasaba por ahí les clavaba la mirada desafiante, como caballo brillante de carrusel desbocado. Hice lo mismo con el *skater* que pasó volando cerca de mí: le puse la cara encima para ver si me reconocía. Y también lo mismo con la mujer que cargaba bolsas de supermercado y con la niña que salía de su casa con un

violín en la espalda. Un grupo de mormones se alejó de mí apenas me acercaba para estudiarlos. Los tiene que haber aterrado mi cara descolorida y el sudor que me empapaba el cuello y me pegaba lenguas de pelo en la frente. Los tiene que haber asustado mi cuerpo encorvado de mujer-Nosferatu. Cualquiera podía ser AngelitaLila. Lo sabría solo fijándome en la forma en que ella me miraría.

Mientras caminaba buscando un lugar donde comer, pensaba en si es que nadie más ve que es cierto que todo lo ha copiado o es que hoy en día todo se mira rápido y como por encima. Nadie se detiene en los detalles. Nadie mira con lupa ni largavistas. AngelitaLila era una sádica, una basura, pero, si algo le agradecía, es que se haya fijado en cosas que ya nadie mira. Quizá, en su psicopatía, sea la última detallista en la tierra. Fue la única en darse cuenta que yo era una copia: hizo videos donde comparaba los míos con los de otras *youtubers*. La primera vez que los vi no le tomé importancia. «Esta ociosa», pensé, «no tiene nada mejor que hacer». Y me daba pena. Por ella y por su vida. Pero poco a poco algunas de mis suscriptoras empezaron a comentarme lo parecido del trazo al delinear un ojo con el video de X, lo del zoom que Z hizo en su video en el minuto 3:15 antes que yo lo hiciera en el mío, justo al mismo tiempo. Y empecé a fijarme y a notar que todo eso era cierto. Que hasta algunas frases que yo decía las había dicho alguien más. Con el mismo tono, con la misma seguridad en ciertas sílabas. Los videos ya estaban arriba y habían sido vistos muchas veces. Era para saltar de terror si se estudiaba con atención. Las imágenes no mentían.

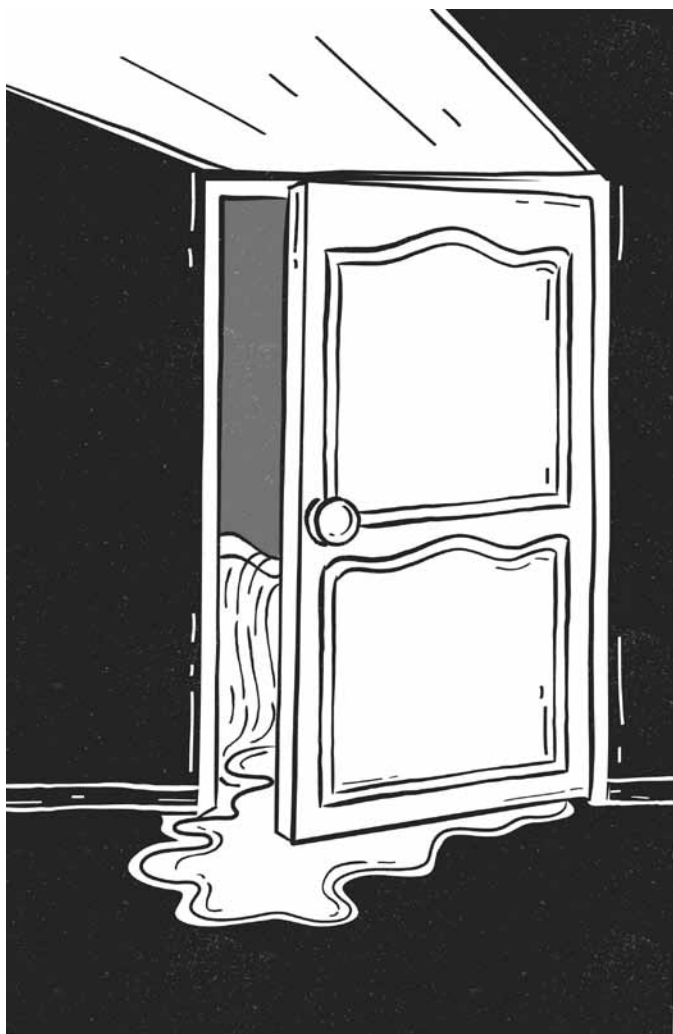
Entré a un restorán decrepito en el centro y me senté en una mesa. El mantel tenía manchas de pebre y migas de pan, así que me cambié porque no puedo comer con un mantel sucio. Se me traba el esófago y no puedo tragar. Me senté en otra mesa que daba justo a la ventana. Antes de que pudiera comer el pollo asado con papas fritas, una imagen extraña se formó en el vidrio donde miraba caer una lluvia tímida. Era el reflejo de mi cara, pero de una cara que no reconocía como mía. Vacía, antinatural, una cara larga y resbalosa que se ocultaba detrás de las gotas que le caían encima. Hacía semanas que no me maquillaba. Por primera vez en muchos días me dieron ganas de inventar un tutorial nuevo. Quizá en algún tiempo más. Quizá algún día

Una protesta pequeña de trabajadores de una AFP comenzaba a desfilar mientras masticaba el pollo y tragaba las papas fritas. Eso me hizo recordar algo: en medio

de una multitud, en un recital, una botella chica de vidrio me cayó en la nuca. No alcanzó a salirme mucha sangre, pero si me dolió tan fuerte que pensé que el golpe me había llegado hasta lo más profundo de las pupilas. En medio del mareo, escuché que algunas personas se reían y otra voz que gritaba que me saliera de encima. Yo tenía catorce años y creí reconocer esa voz. En ese momento no quise darme vuelta por la vergüenza. Por ser tan alta y por no saber cómo reaccionar si esa voz coincidía con la persona que yo creía que era.

Mientras caminaba de vuelta al terminal, la lluvia se volvió más intensa y tuve que ponerme a correr esquivando los paraguas que miraba desde arriba. Tener el estómago lleno me hacía sentir mejor y saber que pronto iba a oscurecer me obligaba a devolverme a Santiago. Seguramente, mañana dejaría de importarme todo lo que me importaba hoy. Volvería a concentrarme en mis cosas, me quedaría firme con la mirada hacia adelante aunque tuviera la nuca adolorida. Un par de veces me detuve a ayudar a algunas personas a cruzar los charcos de agua. Con mis piernas largas abarco mucho espacio, avanzo rápido y rara vez tengo que mojar me los pies.

Cuando compré el pasaje, me pareció reconocer la cara del vendedor, pero al darme vuelta comprobé que no lo había visto antes. Luego me pasó lo mismo con el chofer y con el asistente de viaje. Quizá me estaba subiendo al mismo bus, quizá estaría viajando en ese maldito bus en círculos por quién sabe qué castigo. Me calmé cuando me senté y comprobé que no me cabían bien las piernas. No, no hay ningún sueño que no esté hecho a la medida. Mientras avanzaba por la carretera, me preguntaba que habría sido peor de haber encontrado a AngelitaLila. ¿Ver que su cara la conozco? ¿Ver que la conozco y no me importa su existencia? ¿Ver que nunca antes la había visto en la vida?



Noveno lugar

La llegada

ALEX LÓPEZ CIFUENTES

Alex López Cifuentes. Nació en 1994 y a los 19 años emigró a Argentina para estudiar Letras en la Universidad Nacional de La Plata, donde solo permanece un año. Luego viaja a Barcelona, donde se publica en 2015 su novela «Lolito», bajo el sello La Calle.

Sonó el teléfono en la madrugada. Temprano o tarde, depende del punto de vista; si estabas de fiesta, era temprano; si querías dormir, tarde. Yo me encontraba durmiendo pero con ganas de ir a una fiesta.

Berlín, Alemania, 3:30

Las sombras se alargaban en todo el cuarto. Pude ver la cabeza rubia ceniza de Günther alumbrada ligeramente. La voz al otro lado de la línea venía de la casa de la que no sabía nada desde hace tres años.

—Murió tu papá

No contesté nada. A lo lejos, escuché la vida diurna de Santiago, por el ruido del teléfono.

—¿Estás ahí, Valentín?

—Sí, sí —contesté sorprendido. Ya casi había olvidado la voz de mamá—. Lo siento.

—¿Vendrás?—preguntó a lo lejos, nerviosa, dudosa, como si aquellas palabras hubieran intentando salir con espinas.

—No tengo dinero...no mucho —contesté observando el pequeño apartamento en el que estaba. Lo pagaba Günther, o al menos una parte. La otra la pagaba yo, con la venta de mis pinturas que se vendían por un par de galerías pequeñas, cafés y restaurantes. Me era útil para vivir y no sentirme como una puta. Günther es veinte años mayor que yo. Tiene cuarenta y tres años. Se mueve en las sabanas. Trago saliva; de pronto me siento solo y triste. Me vienen escalofríos. Afuera esta helado, pero aquí dentro las murallas son gruesas, hay calor. Otro coche pasa, vuelve a alargar las sombras, ilumina el piso, mis cuadros, mi amante.

—Te pagaré el pasaje.

—Vale. ¿Tienes mis datos, mi nombre completo?

Mamá se pone a reír al otro lado.

—Claro que los tengo.

Santiago de Chile, 15:30

La ropa la tenía pegada al cuerpo, arrugada. Me sentía como un pañuelo después de una paja. La maleta crujía a mi espalda, la gente pululaba a mi alrededor. El acento chileno enseguida llegó a mí como un vendaval y me sentí confundido. No estaba aquel idioma tan fuerte al principio y, de pronto, tan suave al final. Como un trago de buen whisky. Al salir todos me preguntaban con ansia si quería un taxi. Lo hacían en inglés y en un español relativamente neutro. Rechacé todo. No tenía muchas cosas que llevar; por lo tanto, esperé el bus, hice la larga fila, nervioso, observando todo a mi alrededor. El paisaje, al principio, con mi cara pegada al vidrio y un ritmo nervioso en pie, me fui percatando que todo seguía igual. Las carreteras, los carteles de bienvenida, las casas de maderas, coloridas y con pedazos de plásticos a orillas del Mapocho. Y de pronto la ciudad, con un pene gigante similar al que alguna vez vi en Barcelona, hace seis meses atrás, solo que este parece más una especie de gólem siniestro que algún monumento a la modernidad. Había más edificios que recordaba y la típica neblina de smog a unos importantes metros de altura. La cordillera se veía ligeramente blanca. Aquí también hacía frío, pero no tanto como en Berlín. O lo haría, ya que conocía a la perfección que a medida que las horas pasaban, aquel sol tibio se iría y dejaría su sombra helada en el agujero que es la capital. Me bajé en Plaza Italia y me quedé ahí un rato, cerca de la patrulla, frente al Telepizza, observando en dirección a Ñuñoa, donde tenía que ir, donde se supone que estaría en casa. Tomé una micro y, apenas me subí, me puse nervioso. Tenía dinero, pero no la puta tarjeta, una enorme maleta y un chofer de malas pulgas que me apuraba con la mirada.

—Eh, yo, eh... permiso, tío —dije nervioso, rojo como tomate, mientras pasaba por arriba del validador. El paisaje que antes era habitual, ahora lo seguía siendo, solo que había pequeños cambios: las murallas antes descascaradas, ahora estaban pintadas. Casas nuevas. Más árboles. Un edificio nuevo. Otro edificio nuevo, otro, otro... gente con más guaguas. Miraba todo, sorprendido, absorto. Nervioso en la entrada, tragué diez veces saliva. Toqué el timbre. Escuché los sonidos desde adentro, amortiguados. Abre Mamá y me quedo helado, mirándola. No solo no la veía hace años, sino que había empeorado de como la recordaba. Mamá nunca

fue muy tecnológica, siendo que no era una persona de la tercera edad. Pero ella se había quedado con los vinilos. Cuando se compró una computadora y conoció el mundo de Facebook, no se despegó. Ni muchos menos hablar de WhatsApp. No solo se enteraba de las copuchas más jugosas de manera inmediata, sino que podía ser partícipe de ellas. Parir al subnormal de mi hermano Carlos y a mí había causado estragos visibles en su cuerpo, como una enorme cicatriz en su vientre de mujer y, también, el sobrepeso que, a mi llegada, encontré que sus curvas eran completamente redondas. Vestía un poncho que podría ser una carpa de circo y su rostro terminaba alargado en una papada. Lo curioso era que, extrañamente, tenía aquel aire juvenil, piel lisa y ojos brillantes. El cabello algo largo y tintado de un color artificial. Su cabeza estaba cubierta de ligeras canas. Me abrazó, llorando. Le di unos golpes en su enorme y redonda espalda, asqueado. Su *olor...* me recordaba demasiado a Anita. Anita era mi hermana pequeña. Murió por su propia mano, en un acto completamente heroico. Nos saludamos torpemente, después de tres años de casi completo silencio. Me invitó a pasar y me encontré con los redivivos adornos típicos de la casa: la mesa del comedor de color caoba, ahora más rayada que lo que recuerdo... los cuadros de uno que otro pintor de la Plaza de Armas y, sobre todo, aquellos muebles llenos de platos y de copas, herencia de algún abuelo de Mamá. Ella hablaba y hablaba y yo no entendía o no quería entender sobre qué me estaba hablando. Solo era bla, bla, bla en mi cabeza que, a veces, en aquel torrente de verborrea, comprendí cosas de la vecina, tu tía tal, tu prima tal, aquella niña que una vez...bla, bla. Fui al baño. Encendí la luz. Anita estaba en la tina, flotando, su cuerpo blanquecino, el agua rojiza escapando de la tina que se rebalsa. Su rostro, no podía verlo demasiado bien, ya que la bolsa que se amarró al cuello, se pegaba a su cuerpo, creando una grotesca máscara parecida al látex, su muñecas abiertas. La luz dejó de parpadear, iluminó con su luz artificial. Enseguida un cuchillo se me clava en el corazón. Yo encontré a Anita. Yo saqué a Anita de la tina. Al otro día partí a Argentina. De ahí me fui conejeando hasta Alemania. Mamá se acerca por la espalda y me pregunta si estoy bien. Le digo que sí, mintiendo. Ella sonrío, se va, al parecer, escribiendo algo en su teléfono, mientras giraba por el pasillo. Jonathan.

Tomé mi mochila, un par de billetes nuevos que cambié en el aeropuerto y me fui en dirección a Pudahuel, esperando que los años pasaran en vano. Me bajé en la estación, subí por las escaleras que estaban dentro de la estación. Me perdí. Encontré la salida y, afuera, me sorprendió el mismo comercio de siempre, el paradero, los colores variopintos de las micros, su ruido, tan peculiar, al igual que

los departamento, los blocks. Un sello, una fotografía que recordaba a la perfección. Caminé derecho, metiéndome en dirección contraria al tránsito.

Abrí la puerta negra del condominio, ya que seguía mala y solo necesitaba hacer un pequeño movimiento con mi tarjeta de identidad....mi *carne*. Paso a paso, voy recordando el camino que muchas veces hice, junto a Jonathan... en soledad, en su compañía, borracho, sobrio. Con Anita de mi mano, Jonathan a mi lado y Lía pegada a él, comiendo helado.

Subí hasta el segundo piso del block H que estaba más al medio o al menos esa era impresión que me daba. Jonathan me decía que no, que estaba más hacia el la costado izquierdo. Discutíamos horas sobre aquello, mientras fumábamos porros cochinos que vendían en la otra esquina. Me detuve en la puerta, con la mano arriba, los nudillos enfrente, para golpear, como un ariete. Tres. Pausa. Tres. Siempre golpeaba su puerta así. Era por la sencilla razón que cuando vi a Jonathan la primera vez, sentí como el corazón se detenía tres veces, un pequeño infarto cuando aquellos ojos avellana, de largas pestañas negras, me preguntaron si tenía un lápiz. Tres veces sentí como latió después de haber sobrevivido a aquel mini infarto. No puedo hacer esto. ¿Y si se cambió de casa? Quizás no está... pero puede que esté Lía... o quizás esta con su nuevo novio. Lo más seguro es que esté con su novio. Iba a girar mi cuerpo para irme, pero resultó que Jonathan abrió la puerta. Se me quedó mirando, frío, como estatua, con la mochila al hombro.

—Hola —digo con la mano aún arriba, yo también, pético.

Después de que el corazón me volvió a latir, le pregunté qué lápiz quería. Estábamos en el colegio, el maldito uniforme, el calor. Jonathan era de los que no soportaba el calor, por lo tanto, en las horas en que compartíamos taller de arte —él era un año mayor—, se remangaba los puños de la camisa hasta el antebrazo. Olía ligeramente a sudor, solo ligeramente. Usaba una colonia que nunca pude identificar el nombre y nunca quise. Por las noches, cuando me quedaba en su casa y él se encontraba dormido, como si fuera un can, arrastraba mi nariz por su cuerpo, intentando memorizar aquel aroma. Descuartizarlo, incluso.

—¿De qué tipo? —pregunté, agradecido de estar sentado, ya que las piernas las tenía hecha jalea. En mi cabeza de torpe y quinceañero, solo me preguntaba que me está pasando. No en plan que es esto misterioso que me está pasando con un mozo. Ya había experimentado las primeras pajas. Supe diferenciar muy bien mi primer material para este cometido y no, no era femenino. Ya sabía muy

bien de mis ocultos gustos. Mi pregunta iba, más bien, a qué es esta emoción, de pronto tan violenta, que me golpea y me noquea.

—Para hacer sombras—contestó Jonathan, de pronto, mirando el dibujo que estaba haciendo. No se fue de inmediato. Se concentró más.

—Gatúbela —dijo.

—Sí —contesté.

—Me sorprende que no estés dibujando a Rey Ayanami o a algún personaje de Elfel Lie —levanté mi vista a mis compañeros y sé lo que me quería decir.

—Me gusta el estilo de DC.

—A mí también.

Y se fue, sin más, diciendo después del «a mí también» un torpe gracias, levantando el lápiz. Intenté seguir en mi dibujo pero no pude. Le comenté al profesor que lo haría la próxima clase y me dijo que no importaba. No sé ni siquiera porqué le comenté aquello. A él no le importaba. Con suerte pasaba lista.

Jonathan iba un curso más arriba. Estaba en el otro pabellón. A veces, cuando salía de la sala antes por haber terminado una prueba o simplemente porque me escaqueaba o me echaban de clases, me quedaba mirando hacia adelante, hacia su pabellón. Muchas veces lo vi en clases, con la mirada concentrada en el cuaderno, durmiendo, usando los brazos, la mochila o los cuadernos a modo de almohada. A veces escuchaba música. Usaba sus lápices como baterías. Le gustaba emular la batería. Sobre todo cuando escuchaba *Crystalline* de Björk. No hablé con él en semanas después de nuestro encuentro. Ni siquiera en el taller, ya que Jonathan faltaba mucho. O no entraba. O yo faltaba. O yo no entraba.

Era un día frío. Los fines de semana eran lluviosos. Era tarde y era uno de esos extraños y casi imposibles días en que, no recuerdo por qué razón, me quedé hasta tarde en el liceo. Creo que fue por estar dibujando lo que sería uno de los primeros bosquejos de mis cuadros que me permitirían sobrevivir en Berlín. Tontamente había dejado mi chaleco en casa. Afuera, me quedé abrazado a mí mismo, pensando en lo olvidadizo que era, observado como el sol se iba ocultando.

—¿Qué haces aquí afuera?

Me giré. Jonathan venía aburrido, prendiendo un cigarro. No importaba. Ya no era hora de escuela y los conserjes y profesores incluso, no decían nada. Uno que otro comentaba que la juventud y el tabaquismo no deberían ser compatibles.

—Nada.

Intenté ponerme de hierro, no quería volver a sentirme como una jalea. Pero el frío no me lo permitió y tirité, como espejo de micro.

—¿No trajiste nada?

—No, se me olvidó.

—A ver, toma.

Jonathan me pasó un polerón azul, que yo sabía que usaba durante el día, en clases. Ahora llevaba una chaqueta prácticamente de nieve. Siempre fue medio friolento. En las noches, de manera involuntaria, se apegaba a mí y refregaba sus pies contra los míos.

—¿De verdad?

—Sí, me lo pasas mañana.

—Mañana es sábado.

—Bueno, el lunes entonces.

—Ok. Te lo lavo.

—No *seáí* cautico, cabro chico —comentó divertido—, si no es para tanto. Nos vemos.

Me revolvió el cabello de una forma que me dieron ganas de romperle la mandíbula, seguido de un beso rasposo en la mejilla. Se fue en dirección contraria a la mía. Me puse su polerón de inmediato. Al hacerlo, de pronto, me vi envuelto en su aroma. Me quedé paralizado. Algo me recordaba, me hacía flotar. Todo el camino me fui abrazando yo mismo, acurrucado en la prenda, embriagado. Dormí con este el fin de semana e incluso salí con amigos a emborracharme y tener la impresión que Jonathan me abrazaba todo ese tiempo. El domingo en la noche, cuando estaba observando como el polerón daba vueltas dentro de la lavadora, me di cuenta que estaba enamorado de Jonathan hasta las patas. No había nada que hacer. Papá nunca estaba en la casa. Cuando descubrí su secreto y el de Anita y,

tiempo después, intentaba entender en qué momento y cómo fue que.... Él nunca estaba en casa. Trabajaba en algo relacionado a la minería, nunca entendí. Carlos intentaba ser la figura de hermano mayor, pero nunca va a poder ocultar que fue un come mierda. Un mamón insoportable que tenía como treinta años, le decía madre a mamá, se levantaba siempre de la mesa sin retirar sus platos. Cuando lo hacía, no tenía la fuerza suficiente como para ponerles agua, jabón y fregar. No, los dejaba ahí. Y siempre lleno de café y siempre con sobras importantes. Si estaba viendo una película que no le parecía correcta, sermón y moral. A veces él traía a sus novias a casa. Veía como ocupaba la tarjeta de mamá sin permiso. Le pedía dinero a papá, el cual siempre accedía a dárselo, en gran cantidad. Se fue de casa cuando yo llevaba alrededor un año con Jonathan. Anita, ahora que hecho la vista atrás, pasaba encerrada en su habitación, jugando con sus muñecas, siempre muy tranquila y callada, alegre, como podía ser la niña mimada de la familia. Pero ahora que lo pienso, siempre tuvo los ojos tristes, como caídos, por la pena que llevaba por dentro. Tuve que verlo antes... pero de pronto mi mundo entero pasó a ser Jonathan, hasta claro, el suicidio de Anita y mis siguientes años solo me dedicaría a pensar en ella.

El lunes le devolví el polerón y entablamos algo parecido a la amistad. A veces, Jonathan era ácido conmigo. A la salida del liceo, cada vez que era tiempo de volver a casa, me daba un beso en la mejilla que yo esperaba con disimulo, cada día al irme, buscando su cuerpo con la mirada, nervioso. Nos hicimos amigos. Jonathan dibujaba grafitis, sobretodo en la calle, a veces incluso iba a Santa Rosa a rayar. También cerca de mi casa. Más de una vez nos juntamos cerca de la plaza. Hablábamos horas. Horas, sin parar. Un buen día Jonathan le dio por hacer un carrete en su casa. Me quedé a pernoctar en ella, le dije que no me podía ir a esa hora. Mentía, pero no importaba. No era primera vez que me quedaba en su casa, ni que compartíamos lugar para dormir, ya que habíamos compartido fiestas juntos, al igual que amistades. Aquella noche, nos quedamos dormidos en su pequeño colchón, frente a frente, pegados. Su aliento cálido me embriagaba y sin poder evitarlo, confesé que me gustaba, en susurros. Jonathan me respondió con un beso y desde ahí nuestra relación empezó. Salíamos juntos a todas partes. Nos dedicábamos a pitear, observando su techo lleno de estrellas. Lo acompañé a rayar las calles. Incluso en la comisaría estuvimos juntos, cuando nos pillaron los pacos culiaos. Y reíamos, todo el tiempo. Recuerdo muy bien un día lleno de sol. Era extraño pensar que hace cinco años atrás, me estaban saliendo las muelas del juicio y que el amor de mi vida estaba ahí, esperando conmigo, apretando mi

mano de primerizo, cuando me las estaban retirando. Miré las indicaciones obvias del papel que me entregó el dentista. Jonathan me preguntó por qué esa cara.

—No podre chuparte el pene por lo menos en una semana —contesté, de improviso y preocupado. Jonathan me miró y se largó a reír. Me besó en los labios. Me dijo por primera vez que me amaba.

No recuerdo muy bien la razón de la pelea de aquel día fatídico. Solo sé que grité, incluso tiré un vaso al suelo. Los padres de Jonathan no pasaban mucho en casa tampoco. Prácticamente ambos cuidábamos de nuestras hermanas pequeñas —o eso creí hacer por mi parte— y en aquel momento Lía estaba con los ojos abiertos, sorprendida por verme gritar. Nunca me había visto enojado ni de aquel modo. Ni yo tampoco. Solo recuerdo que Jonathan me decía que me tranquilizara. Contesté no recuerdo qué. Me echó de su casa. Me fui, enojado. En ese momento deseé no haberlo conocido nunca. Maldije la hora y aquel carrete. Lloré en la micro, pero tengo que reconocer que a mi llegada y escapada de casa, lloré aún más. Encontré a papá en la sala de estar, cámara fotográfica en mano, tomando fotos de Anita, desnuda. Los dos inmediatamente me miraron. No necesité ver el rostro de su cadáver para haber visto su cara muerta. Solo necesité verla en aquel momento, cuando papá le sacaba las fotos. Pero cuando papá se giró y me vio, su rostro se quebró como lo hace un espejo al que se le lanza una roca. Vergüenza, pánico, dolor, todo junto. La cabeza me dio vueltas. Papá incluso se intentó acercar a mí, pero le vomité encima, provocando que este se alejara. Me fui corriendo, no sé cómo. Solo recuerdo el negro y el dolor, el asco. Deambulé, medité y decidí robar todo el dinero disponible de la tarjeta de papá. Durante el día no fui a la Universidad. Había quedado en Arte en la Chile. Ocupé esas horas del día para ponerme en contacto con Romina, que vivía en Argentina. Sin preguntarme nada me contestó que me aceptarían junto a mi hermana. Fui a casa, con una navaja comprada con el dinero sacado con la tarjeta. No había nadie, estaba completamente vacía, con los muebles ordenados de tal manera para que ocultaran los macabros secretos de papá. Grité el nombre de Anita muchas veces, mientras me escocían las lágrimas, con la ropa vieja, sucia. No respondía. ¿La tendría secuestrada? Busqué una mochila donde metí un par de prendas de ella, fui al baño en busca de su cepillo, cuando el agua rojiza me sorprendió. Abrí la puerta. La saqué de la tina. Lloré mucho, vomité lo que me quedaba de amor en el cuerpo y el corazón se me puso duro.

Me fui solo a Argentina. No me despedí de nadie. No avisé a nadie. Mamá me ubico, seis meses antes de su llamada, para felicitarme, ya que uno de mis dibujos

era portada del disco de una banda chilena. Fue cosa de que con sus rechonchos dedos de salami buscara por internet y una cosa llevó a la otra.

Jonathan no me dijo nada, simplemente me quedó mirando, seco. Bajé mi mano.

—¿Puedo pasar?

Jonathan no dijo nada, simplemente se apartó, dejándome pasar. Su casa había cambiado. La pintura blanco hueso ya no estaba. Había cambiado los sillones. La televisión. Ahora tenía una consola de video juego. Antes los odiaba. Las fotos... eran sacadas por un teléfono, se notaba. Pero los marcos eran bonitos. Lía estaba muy grande, toda una quinceañera. Si no la hubiera visto en la foto, seguramente en la calle, jamás la hubiese reconocido. Jonathan cerró la puerta e, inmediatamente, me tomó la cara de forma violenta y me dio un cabezazo en mi rostro. O eso creí al principio. Pero solo era un beso con rabia. Pasión.

—Te eché de mi casa, no de mi vida —dijo Jonathan, con lágrimas en los ojos, los que tenía cerrados, como cuando se hizo su primer tatuaje. Se apartó de mí con la misma brusquedad, tapando la parte superior de su rostro con la mano. Nunca lo había visto hacer ese gesto. Había crecido. Ahora era más alto que yo. Llevaba frenillos, pero se le veían bien. Usaba un corte moderno, un piercing en la oreja, junto con una expansión más grande. Aquel agujero se lo hice yo, con una aguja, limón y hielo. También yo le pasé los siguientes cachos para poder agrandar aquel agujero por en el cual ahora cabía uno de mis dedos.

Yo igualmente había cambiado. Estaba mucho más delgado. La visión de mi hermana usada de aquella manera me había quitado el apetito. Fumaba más hierba que antes para poder comer. Tenía anemia hace tres años. Usaba lentes grandes y negros, aquellos que están tan de moda.

—Jonathan, yo....

—Vete. Estoy comprometido, feliz. Y si Lía te ve aquí, será muy fuerte para ella. Aún te recuerda. Es más, juraría que aún te espera. Como yo...

Cuando dijo «yo», su voz se rompió. Intenté tocar su hombro, pero me apartó de forma violenta y, sin previo aviso, me tomó fuerte por los hombros y me dijo que me fuera, que me fuera como aquella vez, pero que no volviera, que si llegaba tarde, era mejor que no volviera. Intenté explicarme, decirle incluso que aún lo amaba, que todos estos años que pasé lejos, incluso estando con Günther, él era lo único que ocupaba mis pensamientos. No era verdad... no en su totalidad, ya

que la mayor parte del tiempo me dedicaba a torturarme con los recuerdos de Anita. Pero no me dejó. Me empujó hacia la salida. Cerró la puerta en mi cara y escuché como ponía pestillo. Me quedé llorando en la puerta, golpeándola incluso, pidiéndole que me abriera. Me gritó que me fuera. Escuché sus pasos y la puerta de su habitación cerrarse. Música a todo volumen. Me fui a casa.

Nunca perdonaría a la redonda mujer que estaba enfrente de mí. Nunca perdonaría al obtuso y lerdo hermano mayor que volvía a vivir a la casa después de haberse ido a robarme mi antigua habitación y haber tirado la gran mayoría de mis recuerdos. Pintó las murallas donde yo había hechos mis primeros grafitis y el primero que me dedicó Jonathan. No perdonaré que hubieran seguido estando al lado de papá después de mi partida. No perdonaré que ni siquiera saquen las fotos de aquel nefasto hombre de la muralla, donde se encontraban diferentes escenas familiares. No les pude contar nada, todo fue muy rápido. *Ellos* saben el motivo del suicidio de mi hermana. Y casi puedo asegurar que es mejor así, pienso, mientras sirvo el budín alemán que preparé, aliñado con veneno para ratas. Yo sé lo que hubiera hecho mamá, de haber hecho algo. No hubiera tenido el valor para ir con la policía. Su modo era más bien llorar mucho, como una bola de sebo, mientras tecleaba en su moderno teléfono que parecía una extensión de su cuerpo. Hubiera pegado su oreja muchas más horas a la pantalla de las que pasa pegada. Hubiera ido donde brujos a buscar la cura de sus males. Hubiera preguntando a las cartas, porque tanta desgracia. Hubiera ventilado el dolor de su hija y lo hubiera hecho mucho más suyo de lo que correspondía. Carlos es el peor. Carlos se hubiera desesperado. Su rol de policía moral se hubiera puesto en conflicto con su rol de cerdo interesado, con signos peso en sus ojos de tocino mal hecho. ¿Y yo? Yo no era mejor persona que ellos, concluí al tiempo que ambos se echaba un bocado de comida y Carlos dejaba por ahí desperdigadas las migas, ya que a sus cuarenta y dos años, aún le es complicado comer como la gente civilizada. Había puesto dos paquetes enteros de veneno de rata en un festín de carne y aliño.

—¿Tú no comes, Valentín? —preguntó mamá, moviendo su esférico rostro, con su cuerpo redondo en posición de carroña, al tiempo que se metía un enorme bocado de la cena que les preparé. Por primera vez, despegó sus ojos de aquel aparato.

—No. Soy vegetariano.



Décimo lugar
Rosa, misiá Rosa
PABLO CAÑAS NAVARRO

Pablo Cañas Navarro (1987). La literatura es un mundo que siempre le ha parecido fascinante. De la mano de su abuelo, desde muy temprano, comenzó a escribir sus primeros cuentos, ensayos y poemas, siendo este el primer trabajo que ha publicado.

De tierra campesina, citadina y chichera; de hacendados e inquilinos. De pueblo olvidado, terremoteado y poblado por migrantes. Rosa se fue un buen día de allí y hoy regresa para siempre.

A las siete menos quince de la mañana suena el despertador. Rosa se levanta de un salto. Se ducha con agua fría, como de costumbre. No hay tiempo para el café. A las siete en punto ya está instalada en su 4x4, un Mitsubishi Montero del año. Hace un frío espeluznante, pero Rosa suda de calor.

Al llegar al edificio, como cada mañana hace tres meses, la recibe el Sr. Smith. La saluda cuadrándosele, cual guardia de Palacio a los ministros. Atónita, Rosa solo lo mira, perpleja.

En el departamento todo está perfecto. En orden, tal como a ella le gusta, tal como debe ser, tal cual lo dejó la noche anterior. El reloj marca las siete con treinta y es hora de despertar a los niños.

Pedro es el hermano mayor. Tiene veintisiete años y estudia leyes en Yale. Es un chico listo, aunque algo tímido. De momento, no está en la casa. Llegará en la noche, para la fiesta.

Tomás, el segundo, trabaja con Juan, su padre. Estudió cuatro carreras en dos años, pero no prosperó en ninguna. Su coeficiente intelectual es de 190 y sufre de trastorno bipolar. Tiene veintiún años.

Lucía es la hermana menor. Tiene diecisiete años y un millón de amigos.

Mientras prepara el desayuno, Rosa lee el *New York Times*. En la portada figura el rostro de Donald Trump con la leyenda *Yes we can*. Las encuestas lo dan por ganador. A ella poco le importa, pues sabe que no estará para entonces. Rosa sonríe, levanta su cabeza calva y, por vez primera, le causa en gracia su diagnóstico: cáncer terminal. De eso ya van seis meses. Le restan otros seis meses más y ya está. Tal vez menos.

Rosa trabaja con la familia Pérez hace veintiocho años. Su familia. Con ellos ha dado la vuelta al mundo dos veces y vivido en cuatro países: Chile, España, Francia y Estados Unidos. Rosa habla, lee y escribe en los tres idiomas. Además, habla algo de catalán gracias a Pedro, quien de vez en cuando le enseña a garabatear alguna palabra en esa lengua. Navarra, París y Roma son sus ciudades favoritas, también Budapest. Escucha a Strauss, Chopin y Debussy, aunque su artista número uno es José Luis *el Puma* Rodríguez, quien la acompaña dondequiera que vaya. No bebe alcohol. Tampoco fuma.

Hoy es el cumpleaños de Valentina, su patrona. Ella es una mujer de fe, católica practicante y contemplativa como la Virgen María. Cumple cincuenta y cinco años, tres menos que Juan, su marido desde hace veintitrés años y padre de sus dos hijos, Tomás y Lucía.

La mañana está mansa y el tráfico más congestionado que ayer. De fondo suena *Let it be* de los Beatles, el grupo de música predilecto de Tomás. Rosa sube el volumen de la radio. Tomás la apaga. Rosa la vuelve a encender y sube todavía más el volumen. Desde el asiento trasero, Lucía se inclina hacia Rosa y la abraza, rodeándole el cuello con sus brazos. Tomás está devastado. Rosa lo mira y le pide que la mire. Tomás se niega. Rosa frena el auto de un sopetón y, por un momento, pareciera que todos en la Quinta Avenida supieran lo que ocurre al interior de su Mitsubishi, porque nadie la increpa ni le toca la bocina. El tiempo se detiene. Rosa le insiste a Tomás en que la mire, esta vez a gritos. Tomás rompe en llanto. Rosa, acariciándole su mejilla, le dice que la vida da sorpresas y que no hay ningún problema con ello. Tomás le responde que la vida no tiene por qué ser una lucha; que vivir un día tras otro con las mismas frustraciones y la misma agonía no es lógico. Le dice que eso no es vida; que eso no es justo; que eso está mal. Le dice que hay vidas que parecen no tener razón, como la de ella y la suya. Rosa intenta contener las lágrimas, pero no puede. Tampoco Lucía, quien le grita a su hermano que ya no hable más, que se detenga. Pero Tomás continúa e insiste en que Rosa se equivoca cuando sostiene que la felicidad depende de una cuestión de actitud, porque eso es lo mismo que sostener que la felicidad depende de una decisión personal, lo cual es absurdo, porque nadie elige ser infeliz. Y, sin embargo, infelices hay, como Rosa y como él. Y lo son no porque sean malas personas, muy por el contrario. Son infelices, simplemente, porque no tienen otra alternativa; porque la vida no les ha dado otra alternativa. Ni la vida, ni la ciencia, ni Dios se las ha dado. De pronto, lentamente, Rosa parece perder los sentidos. Ve a Tomás como habla, grita y mueve los brazos, pero no lo escucha. Luego pierde la vista y

tampoco lo ve. Ni a él ni a Lucía, quien se ha bajado del auto y corrido hacia la 57 a refugiarse en alguna tienda de esas donde los precios no se preguntan y entra solo quien puede pagar. Tomás ha ido tras ella. Rosa, ensimismada, no puede parar de llorar. En silencio, llora. El llanto se transforma ahora en angustia y la angustia, en desesperación. Diez, quince, veinte segundos y Rosa no respira. Treinta, cuarenta. Rosa está somnolienta. Cincuenta segundos. Rosa golpea el manubrio con todas sus fuerzas, una, dos, tres veces y, por fin, recobra el aliento. Inhala profundo, muy profundo... y exhala con un grito desgarrador, con su rostro empapado en llanto y sudor. Rosa está confundida. Intenta recordar cuándo fue el día en que todo empezó a transformarse en una aburrida lucha y no sabe si fue hace seis meses o sesenta años, los años que tiene.

Son las diez de la noche y la fiesta está estupenda. Hay brindis, risas y halagos por doquier. Ellos hablan de política y negocios. Ellas, de sus vestidos y de las hazañas de sus maridos. Juan se pasea de vez en cuando entre los invitados, a la espera de Valentina, quien todavía no baja de su habitación. Juan saluda y habla regularmente en inglés y francés, aunque cuando se le requiere, también usa el alemán y el japonés. El catalán solo lo habla con los Puyol, quienes aún no llegan y no sabe realmente si vendrán, al igual que Pedro. Rosa y Pedro.

En el dormitorio, Tomás y Lucía siguen atentos los pasos de su madre, quien camina de un lado a otro llamando a Rosa, pero nada. En cada buzón de voz, Valentina le dice que su presencia es imprescindible; que si no llega, la fiesta se suspende. Que no puede faltar; no Rosa: su amiga, su confidente, la segunda madre de sus dos hijos. A ratos, Valentina llama también a Pedro, su hijastro, pero tampoco contesta. Mientras tanto, en el salón, Juan sigue junto a los invitados. Está inquieto, aunque lo disimula naturalmente. En un perfecto catalán saluda a los viejos Puyol, quienes acaban de llegar desde Chile, donde residen hace más de medio siglo.

Falta una hora para el *Happy Birthday*, cumpleaños feliz que no habrá si Rosa no llega, porque Valentina está decidida a no bajar de su habitación si Rosa no llega. Juan está desesperado. Sin saber muy bien qué hacer, afloja el cuello de su camisa al tiempo que bebe un poco de *Belle Époque* de Perrier-Jouet. Bebe un sorbo, después otro y otro hasta acabar la copa. Luego, toma otra copa y la bebe de una sola vez, hasta el fondo. Juan está desconcertado. Acompañado de los Puyol, va por la tercera copa, pero lo detiene la mano de Pedro, su hijo mayor.

Todos visten de negro. Hombres y mujeres, sin excepción. Todos, menos Valentina y Rosa. Valentina lleva un elegante Chanel rojo; Rosa, un preciso Louis Vuitton blanco que le compró Lucía hoy en la mañana, en la 57. Pedro está feliz de ver a toda la familia reunida, pero especialmente está feliz de ver a Rosa, quien se decidió asistir a la fiesta tan pronto escuchó su voz por teléfono. Hace tres meses que Rosa no lo veía. Pedro la mira, la observa. Nota su cuerpo anoréxico y sus labios extremadamente secos. Nota, también, sus esfuerzos por ocultar su somnolencia. Nota que su aspecto ha cambiado y poco queda de esa mujer fuerte y graciosa que alguna vez fue. Pero, sobre todo, nota que su esencia sigue siendo la misma; eso no ha cambiado. Pedro la mira y ve a la mujer que lo crió, educó y amó como si fuera su madre. Como la mejor de las madres ama a sus hijos, ella lo crió luego de que María, su madre biológica, primera esposa de Juan y a quien no alcanzó a conocer, muriera durante el parto. Pedro sabe que Rosa no es su madre, pero la ama como si lo fuera.

Faltan cinco minutos para la media noche. Valentina acaba de apagar las velas y ofrecer algunas palabras. Rosa aplaude, grita y ríe, como puede. Está feliz, aunque su rostro pálido y sudor frío no evidencian su felicidad. Quiere brincar de alegría, pero sus huesos débiles y articulaciones cada vez más rígidas no le obedecen. Pedro, que la acompaña en todo momento, decide sentarla junto al piano, para que descanse. Rosa se siente feliz, pero cansada ya de respirar. Tomás y Lucía se acercan al piano. Valentina también. Juan prefiere observar a su familia desde lejos. No es capaz de soportar ver a Rosa así. Recuerda el día en que decidió contratarla, hace ya veintiocho años, tan solo un suspiro. Recuerda que llevaba solo un año de casado con María, quien le insistió en contratarla una y otra vez, como si supiera lo que luego vendría. Recuerda que Rosa no sabía leer ni escribir. Recuerda su pelo crespo y negro azabache, con una chasquilla que le tapaba los ojos. Recuerda su acento cantado que se perdió con los años y cuánto le costó aprender a manejar. Juan recuerda y recuerda tantas cosas. Juan no es capaz de soportar ver a Rosa así.

A lo lejos, se escucha el estallido de los fuegos artificiales. Rosa siente una suave brisa sobre su espalda. De a poco, los dolores comienzan a desaparecer. Lentamente, Rosa cierra sus ojos. Respira hondo y siente un olor a pasto húmedo, a tierra mojada. Sin mirar el teclado, comienza a tocar la “Marcha Fúnebre”, de Chopin. Todos se vuelven hacia ella. De cerca, la acompaña Pedro. Rosa escucha a las aves del cielo, mientras sigue tocando. Siente el olor a *tierra campesina, citadina y chichera*. Sigue tocando; *de hacendados e inquilinos*. Sigue tocando. Rosa mira a su alrededor y ve que todos lloran: Juan, Valentina, Tomás y Lucía lloran. También

los viejos Puyol, abuelos de Pedro, quienes la quieren como a una hija. Pedro la abraza. Rosa sigue tocando, pero ya nadie la mira. Todos ven a una mujer inmóvil que yace en los brazos de Pedro. *De pueblo olvidado, terremoteado y poblado por migrantes*. Rosa está jubilosa y no entiende por qué todos lloran. Rosa grita que la miren y se contagien con su alegría, pero nadie la ve. El único que la ve es el Sr. Smith, quien la saluda cuadrándosele, cual guardia de palacio a los ministros. Rosa le sonrío. Por fin comprende.

ÍNDICE

Prólogos	5
----------	---

CUENTOS PREMIADOS

Primer lugar	
En busca del Hamlet perdido	13
Segundo lugar	
Casas de tránsito	23
Tercer lugar	
Un pitido largo y continuo	33
Cuarto lugar	
Los mutantes no lloran	47
Quinto lugar	
Relámpagos de verano	57
Sexto lugar	
Puyas	67
Séptimo lugar	
Esa mirada inolvidable	81
Octavo lugar	
Una mujer gigante	91
Noveno lugar	
La llegada	99
Décimo lugar	
Rosa, misiá Rosa	111

